

UNIVERSIDAD PONTIFICIA COMILLAS
MADRID

SESION DE INVESTIDURA
DE
DOCTORES «HONORIS CAUSA»

DE LA
Excma. Sra. D.^a ANGELES GALINO CARRILLO
Y DEL
Prof. Dr. D. LUIS ALONSO SCHÖKEL

MADRID, 14 enero 1993

UNIVERSIDAD PONTIFICIA COMILLAS
MADRID

SESION DE INVESTIDURA
DE
DOCTORES «HONORIS CAUSA»

DE LA
Excma. Sra. D.^a ANGELES GALINO CARRILLO
Y DEL
Prof. Dr. D. LUIS ALONSO SCHÖKEL

MADRID, 14 enero 1993

Con las debidas licencias

© UNIVERSIDAD PONTIFICIA COMILLAS DE MADRID

ISBN: 84-87840-27-2

Depósito Legal: M. 18788-1993

Printed in Spain

Impreso en España

Ediciones Gráficas ORTEGA - Avda. Valdelaparra, 35 - Tel. 661 78 58 - 28100 ALCOBENDAS (Madrid)

**CEREMONIA DE INVESTIDURA
DE DOCTORES «HONORIS CAUSA»
DE LA EXCMA. SRA. DRA. D.^a ANGELES GALINO
CARRILLO
Y DEL PROF. DR. D. LUIS ALONSO SCHÖREL**





1. Inicio.

Presidente:

SEÑORES CLAUSTRALES, SENTAOS Y CUBRIOS.

2. Lectura del decreto.

a) Presidente:

EL SEÑOR SECRETARIO GENERAL LEERA
LAS ACTAS DE NOMBRAMIENTO DE
DOCTOR «HONORIS CAUSA» POR LA
FACULTAD DE TEOLOGIA DE LA
UNIVERSIDAD PONTIFICIA COMILLAS DEL
PROFESOR DOCTOR DON LUIS ALONSO
SCHÖKEL Y DEL NOMBRAMIENTO DE
DOCTORA «HONORIS CAUSA» POR LA
FACULTAD DE FILOSOFIA Y LETRAS DE LA
EXCMA. SRA. DRA. D.^a ANGELES GALINO
CARRILLO.

b) El Sr. Secretario lee los decretos.

3. Investidura del Doctorado.

a) Presidente:

SE VA A PROCEDER A LA SOLEMNE

INVESTIDURA DE DOCTORA DE LA EXCMA. SRA. DRA. D.^a ANGELES GALINO CARRILLO; EL PROFESOR DR. ANTONIO BLANCH TIENE LA PALABRA PARA HACER LA PRESENTACION DE LA DOCTORANDA.

- b) Elogio de la doctoranda por el Prof. Blanch, que terminará así:

ASI PUES, CONSIDERADOS Y EXPUESTOS TODOS ESTOS HECHOS, DIGNISIMAS AUTORIDADES Y CLAUSTRALES, SOLICITO CON TODA CONSIDERACION Y ENCARECIDAMENTE RUEGO QUE SE OTORGUE Y CONFIERA A LA EXCMA. SRA. D.^a ANGELES GALINO CARRILLO EL SUPREMO GRADO DE DOCTOR «HONORIS CAUSA» POR LA FACULTAD DE FILOSOFIA Y LETRAS DE LA UNIVERSIDAD PONTIFICIA COMILLAS DE MADRID.

- a') Presidente:

SE VA A PROCEDER TAMBIEN A LA SOLEMNE INVESTIDURA DE DOCTOR DEL PROFESOR D. LUIS ALONSO SCHÖKEL; EL PROFESOR DR. JOSE RAMON BUSTO TIENE LA PALABRA PARA HACER LA PRESENTACION DEL DOCTORANDO.

- b') Elogio del doctorando por el Prof. Busto, que terminará así:

ASI PUES, CONSIDERADOS Y EXPUESTOS TODOS ESTOS HECHOS, DIGNISIMAS AUTORIDADES Y CLAUSTRALES, SOLICITO CON TODA CONSIDERACION Y ENCARECIDAMENTE RUEGO QUE SE OTORGUE Y CONFIERA AL PROF. LUIS ALONSO SCHÖKEL EL SUPREMO GRADO DE DOCTOR «HONORIS CAUSA» POR LA FACULTAD DE TEOLOGÍA DE LA UNIVERSIDAD PONTIFICIA COMILLAS DE MADRID.

Todos los asistentes se ponen de pie.

(El Padrino Dr. Blanch acompaña a la Dra. Galino a la Presidencia.)

- c) Rector:
POR LA JUNTA DE GOBIERNO DE LA UNIVERSIDAD PONTIFICIA COMILLAS, A PROPUESTA DE LA FACULTAD DE FILOSOFIA Y LETRAS, Y EN ATENCION A VUESTROS RELEVANTES MERITOS, HABEIS SIDO NOMBRADA DOCTORA «HONORIS CAUSA».
EN VIRTUD DE LA AUTORIDAD QUE ME ESTA CONFERIDA, OS OTORGO EL GRADO DE DOCTOR EN FILOSOFIA Y LETRAS Y OS ENTREGO DICHO TITULO (entrega el título).
- d) Rector: entregando el libro de la ciencia a la **Dra. Galino:**
RECIBID EL LIBRO DE LA SABIDURIA Y DE LA LEY DE DIOS, CONSERVADLO COMO SIMBOLO DE CUANTO TENEIS QUE APRENDER Y ENSEÑAR Y COMO TESTIMONIO DE QUE, POR MAS GRANDE QUE SEA VUESTRO SABER, HAY QUE NUTRIRLO SIEMPRE CON LA MEDITACION DE LA PALABRA DE DIOS, EL EJEMPLO DE LOS VIEJOS MAESTROS Y LAS CONQUISTAS DE LOS NUÉVOS, A FIN DE QUE SEAN BASE PARA VUESTROS PROPIOS HALLAZGOS, FUNDAMENTO DE VUESTRAS ENSEÑANZAS Y ESTIMULO PARA PERPETUARLOS EN VUESTROS DISCIPULOS.
- e) Rector imponiendo el **anillo:**
DRA. D.^a ANGELES GALINO, OS ADMITO E INCORPORO AL COLEGIO DE DOCTORES DE LA UNIVERSIDAD PONTIFICIA COMILLAS CON TODOS LOS DERECHOS Y OBLIGACIONES QUE TIENEN LOS DEMAS DOCTORES DE ESTA UNIVERSIDAD.

- f) Rector sosteniendo el birrete:
RECIBID EL BIRRETE COMO SIGNO DE VUESTRA DIGNIDAD Y SIMBOLO DEL MAGISTERIO QUE ESTAIS LLAMADOS A IMPARTIR A FIN DE QUE VUESTRA SABIDURIA SEA PROVECHOSA PARA MUCHOS.
- Imposición del birrete a la Dra. Galino.
- g) *Doctoranda* (Dra. Galino):
ACEPTO EL GRADO DE DOCTOR QUE ME CONFERIS Y PROMETO DEDICAR MIS ESFUERZOS AL SERVICIO DE LA VERDAD EN COMUNION CON QUIENES AQUI ENSEÑAIS Y APRENDEIS EN NOMBRE DE LA IGLESIA.
- h) Rector:
PORQUE OS HABEIS INCORPORADO A ESTA UNIVERSIDAD, RECIBID AHORA, EN NOMBRE DEL CLAUSTRO, EL ABRAZO DE FRATERNIDAD DE LOS QUE SE HONRAN Y CONGRATULAN DE SER VUESTROS COMPAÑEROS.
- (Se retira a su asiento, acompañada del Padrino.)
El Padrino, Dr. Busto, acompaña al Dr. A. Schökel a la presidencia..
- c') Rector:
POR LA JUNTA DE GOBIERNO DE LA UNIVERSIDAD PONTIFICIA COMILLAS, A PROPUESTA DE LA FACULTAD DE TEOLOGIA, Y EN ATENCION A VUESTROS RELEVANTES MERITOS, HABEIS SIDO NOMBRADO DOCTOR «HONORIS CAUSA». EN VIRTUD DE LA AUTORIDAD QUE ME ESTA CONFERIDA, OS OTORGO EL GRADO DE DOCTOR EN TEOLOGIA Y OS ENTREGO DICHO TITULO (entrega del título)..

d') Rector: entregando el libro de la ciencia al Dr. A. Schökel:

RECIBID EL LIBRO DE LA SABIDURIA Y DE LA LEY DE DIOS, CONSERVADLO COMO SIMBOLO DE CUANTO TENEIS QUE APRENDER Y ENSEÑAR Y COMO TESTIMONIO DE QUE, POR MAS GRANDE QUE SEA VUESTRO SABER, HAY QUE NUTRIRLO SIEMPRE CON LA MEDITACION DE LA PALABRA DE DIOS, EL EJEMPLO DE LOS VIEJOS MAESTROS Y LAS CONQUISTAS DE LOS NUEVOS, A FIN DE QUE SEAN BASE PARA VUESTROS PROPIOS HALLAZGOS, FUNDAMENTO DE VUESTRAS ENSEÑANZAS Y ESTIMULO PARA PERPETUARLOS EN VUESTROS DISCIPULOS.

e') Rector imponiendo el **anillo**:

Dr. D. LUIS ALONSO SCHÖKEL, OS ADMITO E INCORPORO AL COLEGIO DE DOCTORES DE LA UNIVERSIDAD PONTIFICIA COMILLAS CON TODOS LOS DERECHOS Y OBLIGACIONES QUE TIENEN LOS DEMAS DOCTORES DE ESTA UNIVERSIDAD.

f') Rector sosteniendo el **birrete**:

RECIBID EL BIRRETE CONO SIGNO DE VUESTRA DIGNIDAD Y SIMBOLO DEL MAGISTERIO QUE ESTAIS LLAMADOS A IMPARTIR A FIN DE QUE VUESTRA SABIDURIA SEA PROVECHOSA PARA MUCHOS.

Imposición del birrete al Dr. ALONSO SCHÖKEL.

g') *Doctorando* (Dr. Alonso Schökel):

ACEPTO EL GRADO DE DOCTOR QUE ME CONFERIS Y PROMETO DEDICAR MIS ESFUERZOS AL SERVICIO DE LA VERDAD

EN COMUNION CON QUIENES AQUI
ENSEÑAIS Y APRENDEIS EN NOMBRE DE
LA IGLESIA.

h') Rector:

PORQUE OS HABEIS INCORPORADO A
ESTA UNIVERSIDAD, RECIBID AHORA, EN
NOMBRE DEL CLAUSTRO, EL ABRAZO DE
FRATERNIDAD DE LOS QUE SE HONRAN Y
CONGRATULAN DE SER VUESTROS
COMPAÑEROS.

(Se retira a su asiento, acompañado del
Padrino.)

4. Lecciones doctorales.

a) El Padrino, Prof. Blanch, conduce a la Dra. Galino a la cátedra.

Los asistentes se sientan.

b) Presidente:

TIENE LA PALABRA LA EXCMA. SRA. DRA.
D.^a ANGELES GALINO PARA PRONUNCIAR
SU LECCION DOCTORAL

c) Lección doctoral: «La educación intercultural...».

a') El Padrino, Prof. Busto, conduce al Dr. Alonso Schökel.

b') Presidente:

TIENE LA PALABRA EL PROF. DR. LUIS
ALONSO SCHÖKEL PARA PRONUNCIAR SU
LECCION DOCTORAL.

c') Lección doctoral: «Recuerdos de un profesor...».

5. Entrega de la Medalla de la Universidad.

Presidente:

SE VA A PROCEDER A LA ENTREGA DE LA
MEDALLA DE LA UNIVERSIDAD PONTIFICIA
COMILLAS A LOS NUEVOS DOCTORES.

EL SEÑOR SECRETARIO GENERAL LEERA LAS
ACTAS DE CONCESION DE AMBAS MEDALLAS.

Secretario: lee las actas.

Los Padrinos acompañan a sus patrocinados para recibir las medallas.

6. Despedida.

a) Presidente:

TIENE LA PALABRA EL MAGNIFICO Y
EXCELENTISIMO SR. RECTOR DE LA
UNIVERSIDAD, PROF. DR. GUILLERMO
RODRIGUEZ IZQUIERDO.

b) Palabras del Rector..

c) Presidente:

SE LEVANTA LA SESION.

Canto del *Gaudeamus igitur*.

PONTIFICIA UNIVERSITAS COMILLENSIS
MATRITI

OB EXIMIA EIUS MERITA IN HISTORIAM EDUCATIONIS IN HISPANIA ATQUE AMERICA HISPANA
INVESTIGANDAM, OB EIUS ITEM INTELLIGENTIAM IN VALORES ATQUE SCIENTIFICAS METHODOS
COLENDO, QUAE AD PERSONALEM ET CHRISTIANAM EDUCATIONEM CONFERUNT;
NECNON OB EFFICIENTEM EIUS SOLLICITUDINEM
IN HISPANORUM IUVENUM EDUCATIONEM INSTITUENDAM AC RITE CONFORMANDAM,
ATQUE IN NOSTRUM COLLEGIUM UNIVERSITARIUM COMILLENSE PROMOENDUM,
PROFESSORIBUS FACULTATIS ET ACADEMICO CONSILIO UNANIMITER CONSENTIENTIBUS
NOMINE ATQUE AUCTORITATE S. S. IOHANNIS PAULI II
SUMMI PONTIFICIS FELICITER REGNANTIS

EXCELLENTISSIMAM DOMINAM ANGELES GALINO CARRILLO
DOCTOREM HONORIS CAUSA IN PHILOSOPHIA ET LITTERIS

DECLARAMUS ET RENUNTIAMUS

MATRITI, DIE XIV JANUARIII A.D. MCMXCIII

VICE MAGNUS CANCELLARIUS
DECANUS FACULTATIS

RECTOR MAGNIFICUS
SECRETARIUS GENERALIS



PONTIFICIA UNIVERSITAS COMILLENSIS
MATRITI

OB EXIMIA EIUS MERITA ERGA DEI VERBUM IN SACRA SCRIPTURA CONSIGNATUM
QUOD INDEFESSA ALACRITATE AC SOLLERTIA CONGRUENTIBUS METHODIS PERVESTIGAVIT,
INTERPRETATUSQUE EST ATQUE ACCURATIS VERSIONIBUS ET COMMENTARIIS LONGE LATEQUE PER-
VULGATIS INGENTI NUMERO LINGVAE HISPANAE LECTORUM OBTULIT;
NECNON PROPTER EIUS LONGUM UBERQUE MAGISTERIUM,
IN HAC NOSTRA PONTIFICIA UNIVERSITATE COMILLENSI INITUM,
UNIVERSALI AUTEM PERITISSIMORUM INTERPRETUM AESTIMATIONE
ROMAE IN PONTIFICIO INSTITUTO BIBLICO PRODUCTUM,
QUO QUIDEM PLURIMOS SIVE AD DOCENDI MUNUS SIVE AD MINISTERIUM VERBI INFORMAVIT,
PROFESSORIBUS FACULTATIS ET ACADEMICO CONSILIO UNANIMITER CONSENTIENTIBUS
NOMINE ATQUE AUCTORITATE S. S. JOHANNIS PAULI II SUMMI PONTIFICIS FELICITER REGNANTIS,

PRAECLARUM PROFESSOREM DNUM. ALOYSIUM ALONSO SCHÖKEL, S.J.
DOCTOREM HONORIS CAUSA IN SACRA THEOLOGIA

DECLARAMUS ET RENUNTIAMUS

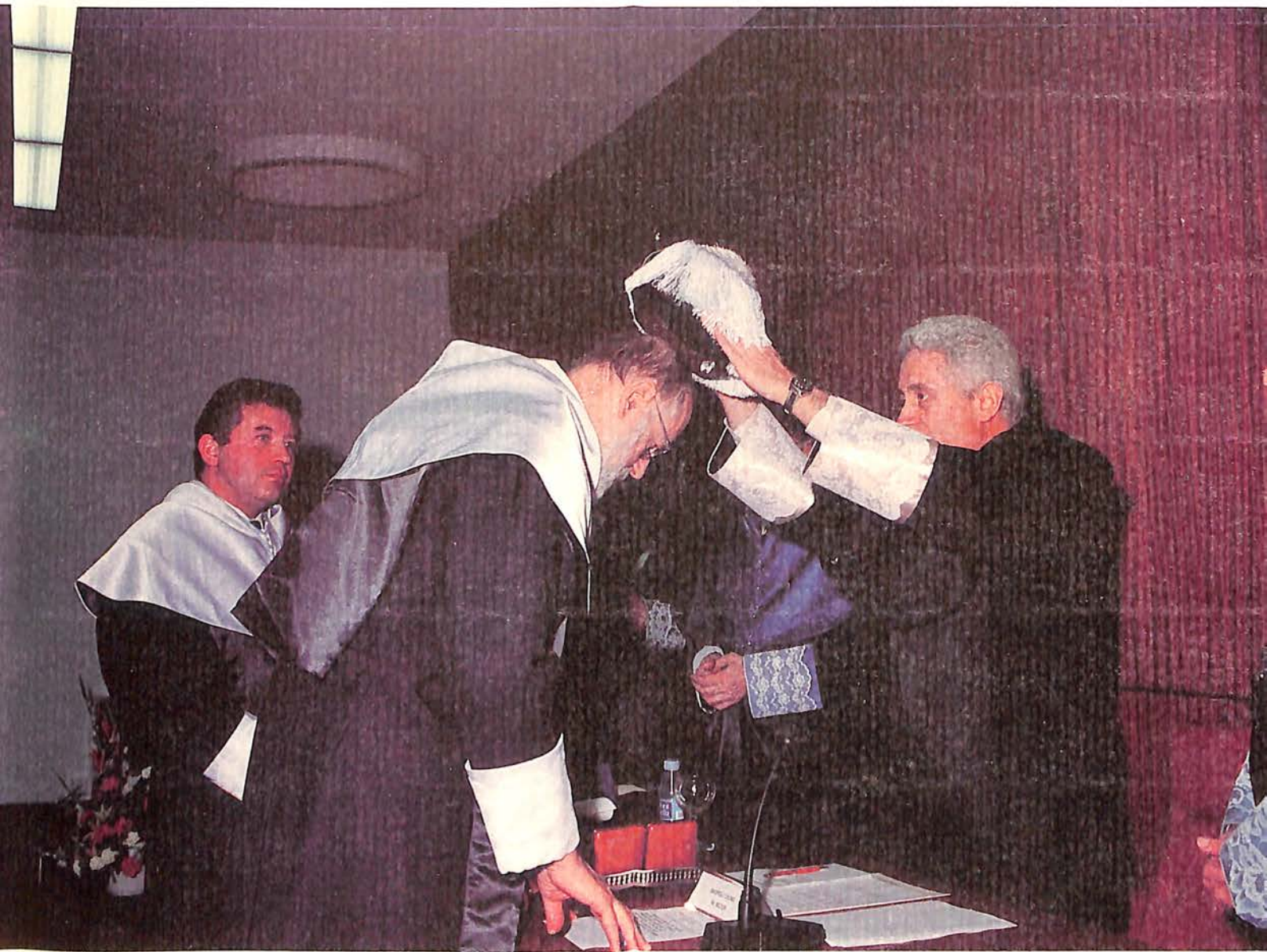
MATRITI, DIE XIV JANUARIII A.D. MCMXCIII

VICE MAGNUS CANCELLARIUS

RECTOR MAGNIFICUS

DECANUS FACULTATIS

SECRETARIUS GENERALIS

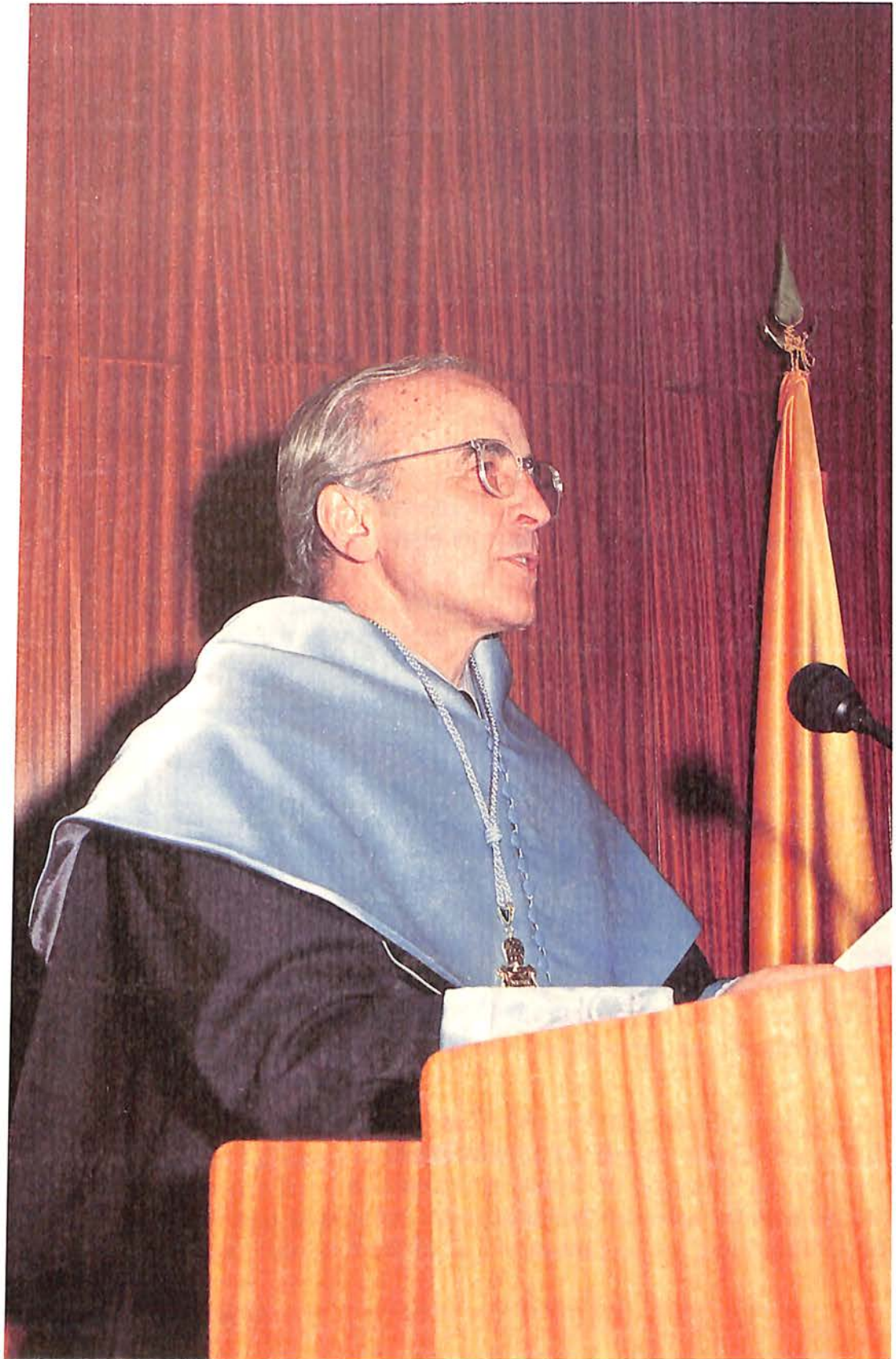


**ELOGIO DE LA EXCMA. SRA. DRA.
D^a ANGELES GALINO**

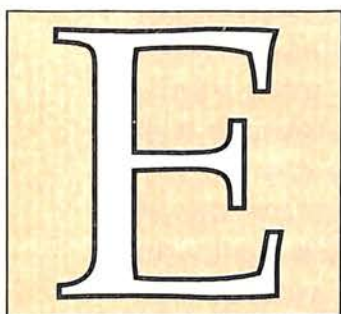
por el

PROF. DR. ANTONIO BLANCH





Dignísimas autoridades,
Estimados profesores de los diversos claustros de la
Universidad,
Queridos alumnos,
Señoras y Señores:



ENTRE los gozos que le es dado experimentar a un profesor, pocos son acaso comparables al de poder alabar públicamente los méritos de otro profesor, que además de insigne resulta ser amigo suyo. Este es el sentimiento que me embarga ahora al tener que realizar la «laudatio» de la profesora Angeles Galino; alegría sólo empañada por el inevitable carácter ceremonial que se exige a mis palabras y por las explicables limitaciones de tiempo que se me imponen.

Agradezco muy sinceramente a la Facultad de Filosofía y Letras y a las altas autoridades de esta Universidad que me hayan ofrecido el honor de poder testimoniar, en acto tan solemne, no sólo los reconocidos méritos científicos y docentes de la profesora Galino, sino también el

profundo agradecimiento que nuestra Facultad le debe por su decidido apoyo, en una fase no demasiado lejana de su reestructuración académica oficial.

Comenzaré por evocar brevemente el perfil profesional de la doctora Galino, para detenerme un poco más a resumir las grandes líneas de su pensamiento y de su acción educativa, y terminaré apuntando tímidamente las últimas causas inspiradoras de este itinerario vital tan fecundo.

No es tarea fácil la de intentar describir en pocos trazos la carrera universitaria de una profesora como Angeles Galino, la cual en sus más de cuarenta y cinco años de dedicación a la docencia, ofrece un currículum académico que abarca unas 12 páginas impresas. Desde que en 1953 obtuviera por oposición la cátedra de Historia de la Pedagogía, en la Universidad de Madrid —la primera mujer española que lograba así ese título profesional—, la actividad docente de Angeles Galino resulta realmente señaladísima no sólo por su ampliamente reconocida capacidad científica, sino por la gran calidad didáctica y comunicativa con que siempre la desempeñó. Según testimonio de quienes fueron sus alumnos o colaboradores en su Departamento, llamaba la atención su gran vitalidad y entrega a la asignatura, exigiéndose siempre a sí misma un gran rigor científico, renovando constantemente sus programas y entregándose personalmente al seguimiento y orientación de sus alumnos. Es decir, no sólo se dedicaba a historiar la Pedagogía de autores ajenos, sino que, al hacerlo, su magisterio sobresalía por sus propios méritos pedagógicos.

Sus naturales dotes de dirección y organización le hicieron muy pronto desbordar los límites de una cátedra, para atender simultáneamente otras tareas directivas, primero en el Instituto de Pedagogía del CSIC y de la Escuela de Formación del Profesorado de Enseñanza Media (1963-1965), hasta ocupar después sucesivamente los cargos de Directora General de Enseñanzas Medias

(1969-1971) y Directora General de Ordenación Educativa (1971-1972).

Su extraordinaria capacidad para la docencia y la investigación la han llevado, además, a participar en no pocos congresos nacionales e internacionales, y ha intervenido como conferenciante en una larga serie de Universidades, especialmente de América Latina y de Filipinas, en uno de cuyos centros, la Universidad Santo Tomás de Manila, fue también investida doctora «honoris causa» en 1979. Años antes (1968) había formado parte de una delegación de la UNESCO para la planificación de las Facultades de Educación en el Brasil.

Entre las muchas instituciones académicas de las que es miembro la doctora Galino, cabe recordar aquí la Sociedad Española de Pedagogía, la «World Association for Educational Research», la Real Academia de Ciencias Morales y Políticas y la Real Academia de Doctores de Madrid.

Larga es, muy larga, la lista de publicaciones que la profesora Galino ha ido realizando en estas cuatro últimas décadas: un conjunto de unos doce libros y más de cincuenta artículos científicos especializados. Recordemos aquí sólo el título de algunos de sus libros más significativos en el área de la Historia de la Educación. Y sean los dos primeros precisamente la monumental *Historia de la Educación: Edades Antigua y Media* (1960) y la *Historia de los sistemas educativos contemporáneos* (1976-1977). Y como monografías más particulares deben también destacarse las que esta escritora incansable ha dedicado al pensamiento pedagógico de algunos autores, tales como Feijoo, Sarmiento y Jovellanos (*Tres hombres y un problema*, 1953) o el *Itinerario pedagógico de Pedro Poveda* (1965) o las dedicadas a autores contemporáneos, como Pierre Faure y Víctor García Hoz (en *Personalización educativa. Génesis y estado actual*, 1990).

Una vez resumida en breves referencias tan ingente labor docente, directiva e investigadora, y al contemplar

con admiración ese cúmulo de tareas realizadas, resulta casi inevitable preguntarse por el contenido fundamental del mensaje que, a través de tan pródiga actividad, nos ha ido comunicando la profesora Galino.

Desde muy joven tomó Angeles Galino la educación como área prevalente de sus aficiones y trabajos (la carrera de magisterio primero y la universitaria después así lo confirman), entendiéndola por educación no tanto un sistema de objetivos, métodos e instituciones, sino algo mucho más amplio y abarcador: todo aquello que influye en el desarrollo de la persona humana y la capacita para labrarse su propio destino. Es, pues, la suya desde el comienzo una vocación a penetrar en el misterio del hombre y de los delicados mecanismos interiores y sociales que lo hacen crecer como persona. Y este amplio horizonte inicial ha seguido iluminando siempre los pasos de su largo itinerario hasta el momento presente.

Pero muy pronto llama la atención en esta inflexión que el enfoque histórico va a imprimir en la mayoría de sus estudios ulteriores. Inflexión que se dio ya en la elaboración de su tesis doctoral, centrada en el análisis de unos 80 tratados pedagógicos de los siglos XVI y XVII. ¿Qué puede significar esa decidida, metódica y perseverante aproximación histórica a la educación? En primer lugar y a mi parecer, que su interés no son tanto las ideas en sí o los pensamientos abstractos, contemplados en una vitrina, cuanto la génesis de dichas ideas, sus orígenes, trayectorias y efectos, a través de los siglos, tanto como sus condicionamientos sociales y culturales; todo lo cual, al hacer más dinámicos y complejos los pensamientos educativos, los convierten también en algo mucho más vivo y eficaz para su asimilación y aun eventualmente para su aplicación operativa. Y esto es lo que llama especialmente la atención en esta nuestra historiadora, el que intente siempre recuperar las ideas del pasado para calibrar su real valor, como motores de transformación social y personal. Lo cual implica, entre otras cosas, que ha debido desarrollar un singular método de investi-

gación, en que se tienen en cuenta las múltiples interacciones de lo histórico con la antropología social y cultural, método que en España resultó muy innovador y que de hecho ha creado una escuela de estudiosos atentos no sólo a los documentos del pasado estrictamente pedagógicos, sino a muchos otros elementos epocales, que configuran desde otras muchas instancias una sociedad dada, ya sea la romanizada del tiempo de San Agustín, ya sea la renacentista de Felipe II y Felipe III, ya sea la afrancesada del siglo XVIII español.

Otra nota característica del particular talante histórico de la profesora Galino sería la búsqueda de la dimensión ética en toda teoría o sistema de pensamiento, precisamente porque, al estudiarlos dinámica y evolutivamente, no pueden dejar de mostrar su intencionalidad, adecuada o no, a la transformación de los comportamientos humanos tanto individuales como colectivos. Con lo que se propicia la posibilidad de emitir luego un juicio ético sobre tales doctrinas.

Pero supuesto ese doble enfoque histórico socialmente integrador y de alcance ético, tan característico suyo, ¿cabe todavía preguntarse sobre la posibilidad de establecer un sistema doctrinal propio de Angeles Galino en lo referente a la educación? Sospecho que la respuesta a esta pregunta tiene que ser afirmativa, pues en todo lo que escribe se intuye una gran coherencia y una notable firmeza en todos sus presupuestos y dictámenes; y por ello esperamos que pronto aparezca quien llegue a codificarlo y ofrecérselo en todas sus ricas articulaciones.

Por mi parte, aquí no puedo más que sugerir algunas líneas maestras que aparecen con mayor evidencia a quien se haya iniciado en esta su vasta obra. Y la resumiré en sólo tres grandes principios educativos. Su pensamiento, en primer lugar, responde antes que nada a un indiscutible *humanismo* integral. De ella es este texto realmente programático: «La educación, al concebir sus fines, a los que después seguirán objetivos, programas y métodos, ha de poder decirse a sí misma y a los demás:

«*he aquí al hombre*». La educación debe ser, por consiguiente, entendida como un proceso que, aunque deducido también desde fuera, compete al individuo realizarlo desde sí mismo hasta alcanzar su máxima talla personal. De ahí la permanente preocupación de Angeles Galino por todo lo que contribuye a la personalización educativa.

Otro rasgo dominante en el conjunto de este pensamiento es su dimensión *axiológica*. Son, en efecto, los valores, tanto los individuales como los colectivos, los que según ella constituyen siempre el principal objetivo de toda acción educativa y el supremo criterio para la evaluación de todo procedimiento didáctico. Educar para la autoconciencia de la propia dignidad, educar para la libertad y el amor, para la alegría y el sentido solidario: he aquí otro de los motivos prevalentes en el pensar y en el actuar de Angeles Galino.

Y precisamente en relación con los valores comunitarios surge el tercer eje definidor del sistema: el que podría llamarse de *la alteridad* o la apertura a lo otro y al otro. Ningún hombre es una isla; más aún, ninguno logrará educarse del todo si no es reconociendo y respetando al otro e interaccionando con él. De donde se sigue una enérgica corrección de todo antropocentrismo egoísta, de todo etnocentrismo excluyente, así como se sigue también la urgente orientación pedagógica hacia todo lo convivencial y, más recientemente, hacia lo intercultural. Naturalmente, también se deduce de ese principio de alteridad la profunda predisposición del sujeto para acoger a un Otro trascendente.

Y al llegar a este punto necesito expresar mi esperanza de que la profesora Galino, tan comprensiva siempre y tolerante con todos, perdone la temeridad simplificadora con que he intentado resumir en tan rápidos trazos no sólo la densidad de su pensamiento, sino también la extraordinaria riqueza de su persona. Aprovecho además este paréntesis de apelación a la benevolencia para suplicar su venia por haber estado importunando su co-

nocida modestia y humildad con esta serie de repetidos elogios en su presencia, por lo demás muy merecidos por ella como sinceramente expresados por mí, en los que siento, además, que me estoy quedando corto. Seguiré, pues, todavía un poco más con mi «laudatio», refiriéndome ahora a otro aspecto quizá más íntimo de su personalidad como educadora, que es, sin embargo, una de las principales razones por las que esta Universidad católica ha pensado en ella para conferirle el honor de este doctorado. Estoy obviamente evocando el carácter profundamente religioso de esta gran profesora y científica que es Angeles Galino.

Por poco que se ahonde en la raíz de sus escritos y de su magisterio, no es difícil comprender que es precisamente la fe cristiana la que ha inspirado desde el inicio tanto su perseverante vocación educadora de carácter humanista como el sesgo tan decididamente valoral y comunitario de sus actuaciones pedagógicas. Y ese germen vital, que subyace ciertamente en su obra académica y en su actividad pública como profesional de la educación, se muestra con extraordinario vigor en el importante cúmulo de sus otros escritos de carácter religioso y en sus múltiples acciones al servicio de la Iglesia, especialmente en los realizados durante los once años en que fue Directora general de la Institución Teresiana, o cuando ha actuado desde el seno de otros organismos eclesiásticos, tales como el Pontificio Consejo de Laicos, del que es actualmente miembro.

Y nótese bien que no son dos identidades distintas las que vive por una parte la ilustre profesora y por otra la cristiana vitalmente comprometida. Para ella, como para nosotros, no son dos campos ajenos entre sí el de la ciencia o la cultura y el de la fe cristiana; al contrario, hondamente imbuida del magisterio de su admirado maestro, el padre Pedro Poveda, ha sabido Angeles Galino, desde muy temprano en su vida, entender y entregarse con todos sus talentos a la integración de la sabiduría del evangelio con los saberes profanos, iluminada para ello —se-

gún su propia confesión— por la gran luz que irradia el trascendental misterio de la encarnación humana del Hijo de Dios.

Por eso el humanismo integral e integrador, que preside su pensamiento educativo, es también un muy personal y modernísimo logro de humanismo cristiano, y por esto también ha logrado armonizar esta intelectual cristiana toda su extraordinaria carrera universitaria con las más serias responsabilidades del creyente en el mundo de hoy. Así lo ha sabido vivir y comunicar Angeles Galino, y lo sigue haciendo todavía con incansable entrega.

Se comprenderá entonces por qué esta Universidad, y especialmente su Facultad de Filosofía y Letras, en su Sección de Ciencias de la Educación, haya deseado señalar a la profesora Galino con este título honorífico, el más alto grado académico que la Facultad puede conferir. Y es que no sólo le estamos muy agradecidos como directora que fue del Colegio Universitario y la admiramos como maestra, sino que sobre todo nos sentimos en profunda sintonía con ese empeño, suyo y nuestro, de promocionar científicamente un auténtico humanismo cultural y de realizar simultáneamente con ello la expresión de nuestra fe cristiana, en una acción educativa lúcida y de efectivo servicio social.

Estos son, pues, los méritos y las razones que he sentido debía recordar en público, cumpliendo —con gran complacencia por mi parte— la honrosa tarea que nuestra Facultad me ha pedido de presentar a esta insigne y académica, a esta cristiana ejemplar y a esta gran mujer y amiga que es Angeles Galino.

Así pues, considerados y expuestos todos estos hechos, dignísimas autoridades y señores claustales, solicito con toda consideración y encarecidamente ruego que se otorgue y confiera a la Excm. Sra. D.^a Angeles Galino Carrillo el supremo grado de Doctora «Honoris causa» por la Facultad de Filosofía y Letras de la Universidad Pontificia Comillas de Madrid.

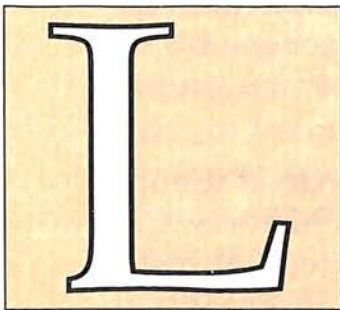
**LA EDUCACION INTERCULTURAL
ANTE LOS PRECONCEPTOS
DE IDENTIDAD COMUNITARIA**

**Lección Doctoral
de la
EXCMA. SRA. D.^a ANGELES GALINO**





Las sociedades multiculturales, que son las nuestras, requieren una educación intercultural.



A educación intercultural, hoy por hoy, es más y, en otro sentido, menos que una realidad. Es una necesidad. La perspectiva de una educación dirigida a dos o más grupos étnicos, para definir las identidades respectivas, apreciando y colaborando recíprocamente con las ajenas, aparece como un enfoque irrenunciable. Y esto es la educación intercultural, en una sociedad en que, como escribió Michel de Certan, «vivimos de cultura plural». Intercultural aplicado a la educación expresa una opción. Tiene carácter normativo: la educación enfocada al conjunto de la comunidad, tanto a la mayoría como a las minorías de procedencia extranjera.

El hombre y la mujer así formados estarán «intelectualmente y emocionalmente comprometidos con la unidad fundamental de todo ser humano, mientras recono-

cen, legitiman y aprecian las diferencias que existen entre personas de pueblos y culturas diferentes. Estas personas podrán no ser definidas por las lenguas que hablan, los países que han visitado o el número de contactos internacionales que han tenido. No se definen por su profesión, lugar de residencia o sofisticación cognitiva» (1). Se reconocen por la configuración antidogmática de sus actitudes mentales, estima de lo diferente, capacidad de colaboración en proyectos mixtos y apertura a experiencias ulteriores.

En el pensamiento de los teóricos y de los políticos surge la idea de educación intercultural cuando en las sociedades multiculturales había madurado ya la aspiración, siempre en crecida, de la reivindicación de las identidades culturales.

La identidad cultural supone un sentimiento de pertenencia que vincula el individuo a un patrimonio socio-cultural concreto: las raíces comunitarias que alimentan su manera de estar en el mundo, las características distintivas referentes a los aspectos material y espiritual, intelectual y afectivo, histórico y prospectivo por medio de las cuales un grupo social expresa y configura su propio «arte de vivir».

Asistimos hoy a fuertes reivindicaciones de la identidad cultural, que aparece como motor de la historia. Cada vez son más numerosas las colectividades lingüísticas, religiosas o territoriales que reclaman el reconocimiento de su originalidad y refuerzan su solidaridad interna. Sentimientos de solidaridad en el interior del grupo que, por definición, convierten a unos en sujetos participantes y a otros, en objeto de diferenciación. Parecen obedecer a los llamados mecanismos de diferenciación de un «nosotros» frente a un «ellos» (2).

Los procesos de creación y recreación culturales atestiguan el carácter ordinariamente conflictivo de la relación entre las culturas. Conflictos de muchas clases, sin que los de intereses sean los menores. Al mismo tiempo,

la historia patentiza que las fronteras culturales no son, en definitiva, barreras absolutamente infranqueables.

Se abren así espacios no sólo para encuentros bélicos, mercantiles, turísticos o de otra clase, sino espacios para el intercambio positivo entre distintas culturas. *Aquí intentan construirse las dimensiones interculturales de la educación.*

Acontece, sin embargo, que el intento se ha revelado sumamente conflictivo. Tomemos por ejemplo la que se revela como «cuestión estrella»: la enseñanza de las lenguas de origen, el primer derecho que se reconoció a los hijos de trabajadores emigrados en la Europa noroccidental.

En la enseñanza de las lenguas se da un currículo oculto que transmite dos condiciones dispares de la sociedad y del mundo. Una visión de la historia, la religión y las costumbres diferente de la que los niños pueden captar en los libros de texto de una y otra lengua, de una y otra cultura.

Dentro de las diferencias culturales que acabamos de mencionar hay que señalar una que, a nuestro juicio, es básica: las culturas mayoritarias y envolventes, proclives a convertirse en dominantes, y las minoritarias, con riesgo de ser dominadas o asimiladas por las primeras. Mientras el enfoque pedagógico no reconoce culturas dominantes ni dominadas y entiende ganados tres principios llamados a orientar la praxis de la educación:

- Sentar las bases de una estima recíproca.
- Programar el conocimiento y toma de contacto con las experiencias vividas por los alumnos, donde preconcepciones y sentimientos juegan un papel decisivo.
- Parcialidad calculada por parte de los maestros para con los alumnos menos normalizados.

* * *

El conocimiento de programas con objetivos interculturales permite comprobar que los aspectos cognitivos llevan la parte del león, desarrollados, además, sin relación alguna con los preconceptos —o si se quiere, las preconcepciones— que tanto los alumnos de las mayorías como los de las minorías llevan consigo cuando ingresan en el sistema escolar.

Porque el sentido de pertenencia a una cultura comporta elementos heterogéneos, no exclusivamente conceptuales. En realidad, pedagógicamente hablando, el problema no es el de una relación entre dos culturas, sino la relación que se va estableciendo entre dos grupos de identidad cambiante pertenecientes a dos dinámicas culturales distintas; en nuestro caso, mayoritaria y minoritaria, por definición.

Huyamos de todo fixismo o reificación de las culturas. Una cultura es el producto de los grupos sociales implicados que han llegado a un consenso entre las diversas maneras de interpretar los hechos dentro del mismo grupo étnico. Reconocer que los grupos sociales se mueven con márgenes de interpretación de las respectivas realidades comunitarias no equivale a afirmar que las creaciones culturales sean puramente arbitrarias. Es recordar simplemente el carácter histórico de las mismas.

Los sentimientos de identidad, que tanta preponderancia ejercen, necesitan un desarrollo temporal. El educador tiene que saber que se encuentra con elaboraciones etno-históricas hechas de creación, recreación e interpretación, de memoria colectiva y amnesia también colectiva, de subrayados y de omisiones, y también, por qué no, de leyenda.

Los sentimientos, la voluntad y las ideas comunes compartidas juegan un papel tan importante como el conocimiento de la lengua y la instrucción sobre la cultura propias. El inconsciente no puede ignorarse. El inconsciente de los padres y el de los hijos que se proyectan sin necesidad de verbalización alguna.

En España los hijos de marroquíes o gitanos experimentan que la piel discrimina y el color aparta. Que el extraño lleva en sí mismo un signo de menosprecio. Los estudios sociométricos en las aulas acusan claramente la discriminación que estos niños sufren por sus grupos de iguales. Los padres y madres de estos muchachos sí saben y, de algún modo, lo transmiten, de vocablos como moro o chabola; de percepciones como la de causar desconfianza, miedo o ser portadores de no se sabe qué peligro; y de círculos malditos, como la necesidad de contrato de trabajo para obtener vivienda, y la imposibilidad de tener vivienda sin contrato de trabajo. De ser, en fin, objeto de ancestrales estereotipos racistas.

Los prejuicios no son sólo de los alumnos ni de quienes pertenecen a la cultura de inmigración. Anidan también en los pertenecientes a la cultura dominante y, por supuesto, entre los profesores. Ni siquiera los orientadores, por lo demás escasísimos, están entre nosotros libres de preconcepciones respecto de africanos, gitanos y portugueses, que constituyen los grupos más numerosos de inmigrantes.

Esto puede decirse de Europa en general. Las reacciones de odio y de violencia ciega —subrayo ciega— contra las minorías están surgiendo no sólo en los barrios de las periferias deprimidas, sino en zonas de ciudadanos blancos de la bien pensante clase media.

Las causas son múltiples: políticas, económicas, sociológicas, psíquicas. Combinadas según los casos. Mas no todo ni lo más importante es político, aunque exista una responsabilidad específica de los políticos. Si los conflictos sociales necesitan intervenciones sociopolíticas y no sólo medidas psicopedagógicas, las responsabilidades hemos de compartirlas todos. Y los educadores no en último término.

Dos conceptos clave han de inspirar la acción educativa: respecto a la identidad y a la diversidad. El tratamiento pedagógico de este binomio ha de partir de un

principio básico: la incomparabilidad de las culturas. Las creaciones culturales ponen en juego dimensiones esenciales del ser humano: origen, proveniencia, sangre. En muchos casos, también, tierra, lengua, padres, continuidad entre el pasado, el presente y el futuro. En los contactos entre culturas respecto de cada uno de estos dominios mencionados se puede argumentar dándose razón de ellos.

Pero a tal coincidencia razonada, con los sentimientos y consecuencias que comporta, no puede llegarse utilizando exclusivamente la razón para ponerse de acuerdo y dirimir conflictos. «Tratándose de identidades culturales, la incomparabilidad es el único criterio de comparación.» No se prestan a jerarquización que autorice educaciones *asimilacionistas*. Recurró de nuevo al ejemplo de las lenguas. Como creaciones humanas, todas merecen el mismo respeto, como respetables son las convicciones y sentimientos colectivos en que un grupo de hombres y mujeres llega a reconocerse otorgándose una entidad diferenciada.

El sistema escolar entre nosotros tiene el peligro de repetir los errores de los países industrializados con nuestra emigración en los años sesenta; actuar como agencia de asimilación metódica monocultural, por un lado, y de diferenciación negativa por otro. Un filtro discriminatorio pretendidamente neutro.

Los educadores harán bien en retener que si una etnicidad determinada encuentra su cuadro de referencia en la gran historia del grupo al que pertenece, la inserción del pequeño grupo familiar del alumno o del individuo aislado pasa por su propia microhistoria. La microhistoria de los hijos de emigrados es muy diferente de la de sus padres. En años tempranos han conocido la experiencia bicultural de la emigración. Su problema consiste en que se hallan entre dos sistemas autónomos de identidad con escasas posibilidades de integrarlos.

Sintetizando mucho, pueden establecerse dos grupos principales de enfoques. Uno relativo a las poblaciones

minoritarias y otro a las poblaciones autóctonas. Los dos son indispensables, y requieren enfoques complementarios, aun formando parte del mismo sistema escolar.

En cuanto a los inmigrados, su fracaso y abandono escolar constituye un grupo con características propias dentro de la población general eliminada del sistema escolar: y el fracaso del alumno es el del sistema general. La tesis más importante en este campo es el «descubrimiento» de la identidad cultural de los alumnos. El déficit cultural que muchos docentes siguen atribuyendo a tales alumnos no es tal, sino la diferente cultura agravada por las circunstancias de un entorno social extraño y el bajo estatus económico en que la mayoría se halla.

En esta situación el cultivo de las dimensiones afectivas es un objetivo tan difícil como irrenunciable. Teniendo en cuenta que la conducta humana no está únicamente determinada por factores conscientes, sino por motivaciones inconscientes, el proceso formativo trabajará para que el sujeto desarrolle una imagen cada vez más real de sí mismo (3). El racionalismo exacerbado de pedagogía ha ignorado con demasiada frecuencia el sustrato emocional de la naturaleza humana.

La revalorización de la cultura de origen, así como la apertura a nuevas formas de la cultura ambiente, puede orientar el proceso hacia una sana integración —que no asimilación— con la cultura ambiente y despertar capacidades creativas de formas nuevas e inéditas.

Revalorizar la cultura de origen no debe significar repliegue en el pasado, sino colaborar a la autoestima y autenticidad: un impulso al despliegue de las facultades creativas del grupo en el presente y en el futuro (4).

La educación intercultural no se relaciona sólo con el currículo público, programado. Importan los mensajes subliminales y todo cuanto se entiende por currículo oculto. La misma atención que los programas merecen las relaciones con los grupos de iguales y con todos los profesores. La concepción global del enfoque interesa el

sistema docente, las organizaciones para y postescolares y la matriz sociopolítica que la inspira y garantiza la educación.

Una acción positiva en favor del primer grupo se orientará a la participación en los derechos y responsabilidades cívico-sociales, como sujetos agentes, concedores de los derechos cristalizados en las leyes y de la matriz ética que los sustenta.

Esto requiere orientar la estrategia hacia algunos puntos clave. Por lo que se refiere a los preconceptos, hay espacios en el sistema escolar que considero privilegiados:

- La educación precoz que se imparte en escuelas infantiles o en régimen preescolar. No sólo atendiendo a la lengua con ventajas evidentes, sino también a la adquisición temprana de condicionamientos y hábitos culturales, previos para una escolaridad lograda.
- Actividades extraescolares, ya sean artísticas o sociales, deportivas, con la noción amplia y humanista del deporte y su sana competitividad..
- Contar en la profesión docente y asimiladas —como trabajo social— a personas pertenecientes a las minorías culturales en cuestión.

* * *

Ahora bien, la educación intercultural no se concibe únicamente para remediar carencias de los hijos de inmigrantes, cosa que, desde luego, vale la pena. Tampoco tiene el carácter moralizante de pedir a las culturas autóctonas que se abran benévolamente a las alóctonas.

Sobre la base irrenunciable de justicia que esto conlleva aparece también el enriquecimiento que aporta la educación intercultural y el anacronismo de una educación monocultural, como las educaciones nacionales de vía estrecha, impuestas por las políticas decimonónicas. Más que nunca hay que desarrollar la dimensión inter-

nacionalista de la educación, incluso sobre un horizonte de mundialidad. Es evidente que ello supone perspectivas nuevas para todos los alumnos, aunque en la práctica no pasen hoy de ser Conclusiones de Congresos Nacionales e Internacionales de Educación y Declaraciones de Principios de algunos Organismos Internacionales.

Una educación intercultural, concebida como alternativa, habría de contar con las siguientes cotas como programa mínimo:

- análisis del currículo escolar que permita eliminar los instrumentos didácticos, las evaluaciones y calificaciones que no respeten el derecho a la diversidad cultural;
- diseño pedagógico del cultivo de la propia identidad del país anfitrión. Abierto a la aceptación positiva de la paridad diferente de las otras culturas. Previsión programada de actitudes, destrezas y hábitos que dispongan a la colaboración activa en sociedades multiculturales;
- currículos escolares concretos, elaborados con la participación de padres, profesores y otros agentes sociales pertenecientes a las culturas en contacto;
- un régimen escolar organizado para dar cabida a la enseñanza de las lenguas en cuestión;
- programaciones que incluyan expresiones culturales, estilos de vida y manifestaciones artísticas, «otras», evitando caer en folklorismo.

* * *

Ninguna sociedad multicultural puede construir una educación intercultural «en derecho y en espíritu» sin desplegar al propio tiempo una política activa en dos frentes: el socioeconómico y el educacional.

BIBLIOGRAFIA

- (1) Gloria Pérez Serrano (1992): «¿Qué se entiende por educación multicultural? Líneas de investigación» (pp. 57-70), en *Educación multicultural e intercultural*, Impredisur, Granada, p. 57.
- (2) José A. Fernández de Rota y María del Pilar Irimía Fernández (1991): «Identités et culture dans l'expérience "Foyer" pour élèves espagnols» (pp. 67-109), en Johan Leman, *Intégrité, intégration*, De Boeck-Wesmael, Bruselas, pp. 67 y ss.
- (3) Fabiola Luna, Martha Bengolea y Norma Vázquez (1992): *Servidumbre o conciencia. El dilema de la información*, CAAAP (Centro Amazónico de Antropología y Aplicación Práctica), Lima, p. 14.
- (4) María Heise (1992) : *Interculturalidad. Un desafío*, CAAAP, Lima, pp. 23-24.

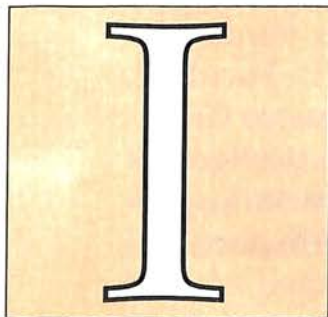
**ELOGIO DEL PROFESOR
DOCTOR LUIS ALONSO SCHÖKEL**

**por el
PROFESOR DOCTOR JOSE RAMON BUSTO**





Reverendísimo P. Vice-Gran Canciller de la Universidad,
Excelentísimo y Magnífico Sr. Rector,
Dignísimas Autoridades Académicas,
Claustales,
Alumnas y alumnos,
Señoras y Señores:



IMITARE a la Sabiduría, que edifica su casa tallándose siete columnas, para que me sea propicia, aunque sólo sea por mor de quien la imita. Edificaré la casa de mis palabras de presentación del profesor Luis Alonso Schökel sobre siete columnas acarreadas de la cantera de sus méritos. Lo que desmerezcan en belleza a las columnas de la casa de la Sabiduría, arquitecto también de la creación, habrá de quedar, sin duda, compensado por la solidez y fortaleza de los méritos del maestro que por lo breve se proponen retratar.

Primera columna: Reencuentro

Licenciado en Teología por nuestra Universidad en 1950, cuarenta y tres años después vuelve el profesor Luis Alonso Schökel para recibir su doctorado de la misma Facultad de Teología de la Universidad Pontificia Comillas. Tan largo plazo para conseguir un doctorado hace más hondo el gozo del reencuentro. También siente la Universidad la satisfacción de la restitución. Antes que alumno de la Facultad de Teología, Alonso Schökel ejerció como profesor, joven profesor de literatura griega, latina y castellana de bien jóvenes seminaristas entre los años 1944 a 1947. A punto estamos, pues, de que se cumpla el medio siglo.

Un largo tiempo en el que, sin embargo, no podemos decir que haya permanecido alejado de nosotros quien por aquellos años estuvo destinado a ser profesor de nuestra Facultad. Porque con disponibilidad y entusiasmo ha atendido siempre las peticiones de la Facultad de Teología. Testigos son los asiduos alumnos de los cursos de verano en Comillas (Cantabria) y Monte Corbán. Pero, sobre todo, a lo largo de estos años, hemos sentido muy cerca al profesor Alonso Schökel, ya que ha sido para los que tenemos empeñado algún interés en la teología y especialmente para quienes dedicamos lo mejor de nuestro esfuerzo a la Sagrada Escritura, un verdadero maestro. Gozo y satisfacción, pues, de nuestra Facultad, ya que recuperamos de manera nueva en nuestro Claustro a quien estuvo destinado a él y nunca se desligó del todo de nosotros. De Comillas partió un licenciado y joven profesor. Regresa a nuestro Claustro de Doctores un maestro.

Ese ha sido el apelativo con que afectuosamente se referían a él en Roma quienes formaban la colonia española de alumnos del Pontificio Instituto Bíblico: el maestro. Sin un adarme de exageración se puede afirmar que Alonso Schökel ha sido maestro de todos los biblistas es-

pañoles de esta generación. De la mayoría de ellos profesor y maestro. Profesor, porque en su aula recibieron su enseñanza, y maestro, porque a su lado han aprendido mucho de lo que saben hacer en el campo de la Biblia. Así está reconocido en el volumen de homenaje con el que, ahora hace diez años, al cumplir él un cuarto de siglo como profesor en el Bíblico, le obsequiaron un grupo de sus antiguos discípulos directos, hoy profesores¹. Entre los muchos que tiene, no es mérito pequeño haber sido capaz de crear escuela. En su bibliografía son frecuentes los libros que ha escrito en colaboración. Ha sabido convertir a sus alumnos en discípulos y a éstos en colaboradores. Quizá, como de los gobernantes, se pueda decir también de los maestros que buenos son si bien saben rodearse. Pues bien, Alonso Schökel a nombres —y hombres— bien importantes en los estudios bíblicos ha sabido aunar y animar.

Luego venimos también algunos otros que no tuvimos la suerte de ser sus alumnos directos, pero que hemos aprendido de él mucho y bueno en ese magisterio que no se ejerce en el aula, sino por los libros y los escritos, las conferencias y los encuentros en congresos.

Segunda columna: La Biblia es literatura

En vísperas bien inmediatas del Concilio Vaticano II, Alonso Schökel pronunció una conferencia, publicada luego (1963) en *The Catholic Biblical Quarterly*, bajo el título **Hermenéutica a la luz del lenguaje y la literatura**. Estas tres palabras «literatura», «lenguaje» y «hermenéutica» resultarían programáticas para la obra científica del profesor Alonso Schökel.

¹ *El Misterio de la Palabra*, Madrid, 1983.

Esta, en apariencia, sencilla afirmación: la Biblia es literatura, resume una parte de las más importantes enseñanzas de Alonso Schökel. Raro será, si existe, el profesor de Antiguo Testamento que al iniciar la explicación de la poética hebrea no mencione a Robert Lowth. En 1753 este obispo anglicano publicó su *De sacra poësi hebraeorum*, fruto de unos cursos de historia de la literatura en los que se había atrevido a tomar la Biblia como texto de análisis literario. Le había animado a hacerlo su previa y rica formación en la literatura grecolatina.

Con Luis Alonso Schökel ocurrió algo parecido. Vino desde los clásicos griegos y latinos sobre todo, también desde los castellanos, a la literatura bíblica. En el prólogo a un volumen de recopilación de sus principales artículos dedicados a la interpretación literaria de textos bíblicos, publicado en 1987, él mismo lo confiesa:

«Me dediqué a lo que casi nadie hacía en aquellos tiempos (1954-1957): estudiar el lenguaje poético de algunos autores bíblicos»².

Su vocación por lo literario había dado sus primeros frutos mientras fue profesor de literatura clásica y castellana en nuestra Universidad. Sus primeras publicaciones: *Historia de la literatura griega y latina* (1945) y *La formación del estilo* (1947), que respectivamente alcanzaron siete y cinco ediciones; *Introducción a la poesía moderna* (1948) y *Poesía española 1900-1950* (1950), habían dado prueba ya de su sensibilidad para abordar los fenómenos literarios y de su originalidad para enfocar su estudio.

Pero su libro *Estudios de poética hebrea* (1963), centrado, sobre todo, en los grandes poetas y profetas cuyos poemas nos ha conservado el libro de Isaías, vendría a marcar un hito en la comprensión de la poética bíblica y la versificación del hebreo antiguo. Luego ya nunca abandonaría el estudio de los versos hebreos. Y pasando

² L. Alonso Schökel, *Hermenéutica de la palabra II*, Madrid, 1983, 13.

por la *Poésie hebraïque* del *Dictionnaire de la Bible*, acabaría por dar como fruto maduro el magnífico y reciente *Manual de poética hebrea* (1987), traducido ya al inglés y al italiano.

Alonso Schökel nos ha enseñado a gustar la obra literaria bíblica en lo que le es peculiar y específico frente a unos métodos historicocríticos que, con frecuencia, se han mostrado estériles para la comprensión del texto y para la teología. Porque leer un texto no es sólo ni principalmente desmontar los estratos de su composición; significa, ante todo, entrar en diálogo con él, gustar y gozar; vivir con él: reconocer la huella del espíritu humano que en él palpita, y que el propio lector se reconozca en ella. Resulta, pues, insuficiente el mero análisis de fuentes. Porque no se trata sólo de hacer arqueología, sino de recrear y revivir un texto antiguo.

Todo ello lo comenzó Alonso Schökel en los años anteriores al Concilio Vaticano II cuando las teorías teológicas imperantes sobre la inspiración bíblica y una concepción demasiado estrecha de la Biblia como texto sagrado hacían muy difícil, cuando no impedían por completo, leerlo como literatura y, por eso, también hacían imposible, en gran medida, sencillamente, comprenderlo.

Sobre estas sus primeras experiencias como profesor en el Pontificio Instituto Bíblico él mismo nos dice en un artículo retrospectivo publicado en 1985:

«El estudio de los griegos me había enseñado a tomar en serio lo literario. Lo literario como creación menos precisa y por ello más rica, menos diferenciada y por ello más universal. El tema central de esa literatura era el hombre: en su temple heroico, en su dimensión trágica, en su exaltación o efusión lírica, en la fabulación fantástica. Viniendo de Grecia, no me asustaba llamar "mitos" a los relatos del Paraíso, de Caín y Abel, del diluvio, de la torre de Babel... Era conferirles grandeza e importancia,

o reconocérsela. Podía, tranquilamente, apreciar las figuras heroicas de Moisés y David, las figuras trágicas de Jefté y Sansón, Saúl frente a David, Jezabel frente a Jehú, Sedecías frente a Jeremías, la angustia de Job. Los grandes símbolos prospectivos de Daniel: la estatua de pies de barro, el rey convertido en bestia, la mano que escribe el destino, los cuatro animales y la figura humana. En el reino de la lírica, la expresión, con frecuencia apasionada y vigorosa, de experiencias individuales o colectivas en los salmos; con momentos de incipiente introspección. Y también las figuras menores de Tobías, Judit, Ester, en el reino de la ficción» ³.

En la conferencia que más arriba he mencionado citaba Alonso Schökel a Emil Staiger: «Es extraña la condición de la ciencia literaria: el que la practica se queda sin ciencia o sin literatura» ⁴.

Hoy, treinta años después de aquella cita que detectaba el problema, podemos constatar cómo el trabajo de Alonso Schökel ha vuelto falso el diagnóstico. Porque la ciencia para serlo no necesita ahogar lo humano ni matar la vida. ¿Acaso no conoce mejor las aves quien ha sabido acercarse a ellas en libertad y ha contemplado sus vuelos, las ha visto construir el nido, alimentar a sus crías y pescar en los torrentes que quien las ha diseccionado en el laboratorio matándolas de paso?

Tercera columna: La Biblia es un fenómeno de lenguaje

Alonso Schökel sucedió al Cardenal Bea en el curso de **Introducción General a la Sagrada Escritura** en el

³ *Hermenéutica de la palabra* I, 467.

⁴ *Hermenéutica de la palabra* I, 100.

Pontificio Instituto Bíblico. Fruto de su docencia en esa disciplina publicó en 1966 *La Palabra inspirada*. Es un estudio, a la luz de las modernas ciencias del lenguaje, sobre esa peculiaridad de la Sagrada Escritura reconocida por los creyentes que es la inspiración. Aunque la primera línea de su prólogo comenzaba: «Este libro no pretende ser un tratado sobre la inspiración: ni por el tema, ni por las categorías con que se desarrolla, ni por el modo de exposición», sin embargo, sin ser un tratado sobre la inspiración, esta obra ha influido de modo profundo en la mayoría de los tratados sobre la inspiración escritos después.

Me atrevo a decir más: el tratado teológico sobre la inspiración no puede desarrollarse ya como antes de *La Palabra inspirada*, y cuando excepcionalmente se ha hecho así, un fósil ha sido el resultado. Pues si la Escritura es un fenómeno de lenguaje, ¿no estará viciado cualquier acceso a ella que no la considere antes que otra cosa desde una perspectiva lingüístico-literaria y extraiga con coherencia las consecuencias que fluyen de ahí?

En un artículo publicado en 1985 bajo el título «**De los clásicos al Antiguo Testamento**» escribía Alonso Schökel:

«Algunos teólogos defendieron que sólo las ideas de la Biblia están inspiradas, no las palabras. Siempre he defendido que están inspiradas —no reveladas— precisamente las palabras»⁵.

Y es que no es casualidad que nos sirvamos de la misma palabra «inspiración» para designar la calidad de la obra literaria cuando es genial y la cualidad de la Sagrada Escritura como palabra de Dios. Los creyentes confesamos que la Escritura está inspirada por el Espíritu Santo, los lectores sensibles proclaman que es inspira-

⁵ *Hermenéutica de la palabra* II, 478.

da literatura. Lo que es más interesante: ambos aspectos no son radicalmente diversos.

Cuarta columna: Hermenéutica bíblica

Comprendida la Biblia como fenómeno de lenguaje y leídos sus textos, ante todo, como literatura, la Sagrada Escritura se nos convierte en viva palabra de Dios dirigida al hombre y que el hombre puede escuchar. «Tomemos el Antiguo Testamento como literatura, en serio — escribe Alonso Schökel—, y muchas cosas se nos darán por añadidura»⁶. Pues cuando la Sagrada Página ha cobrado vida, se ha hecho palabra pronunciada y atendida, entonces —y sólo entonces— es cuando se hace alma de la teología y de la fe.

Leída como palabra de Dios encarnada en palabras humanas la Escritura aleja del creyente el larvado —y a veces también patente— monofisismo con que tan frecuentemente se vivió la fe antes del Vaticano II. Que la Escritura sea obra escrita por verdaderos autores nada empaña de la autoría divina sobre el texto inspirado. Como confesar la perfecta humanidad de Jesús de Nazaret en nada niega o aminora la fe en su perfecta divinidad: «Igual en todo a nosotros menos en el pecado»⁷. Con ello aprendemos también a no concebir nunca a Dios en competencia con el hombre ni al hombre en competencia con Dios. Para que el hombre sea más no hace falta que Dios sea menos. Para que Dios lo sea todo no es preciso que el hombre no sea nada. Todo lo contrario. La afirmación de Dios y la afirmación del hombre caminan siempre de la mano. La mayor realización de lo humano coincide con la más profunda afirmación de Dios, y así

⁶ *Hermenéutica de la palabra* II, 467.

⁷ Hebreos, 4, 15.

resulta que nunca es más grande el hombre que cuando se reconoce hijo de Dios.

Leer y comprender la Escritura como palabra humana no sólo no la niega como palabra de Dios. Al revés. La palabra viva que es la Escritura sólo es pronunciada y proclamada como viva palabra de Dios cuando se la comprende encarnada en las palabras humanas. Sus palabras son divinas y proféticas porque son al tiempo palabras poéticas y humanas; porque son palabras inspiradas. Bien consciente de todo ello era el profesor Alonso Schökel cuando en 1968, en un artículo titulado «**La Dei Verbum en el momento actual**», escribía a propósito de la ineludible necesidad para el exegeta del estudio de los géneros literarios y los modos de expresarse el autor sagrado: «Anima todo este modo de leer y estudiar la Biblia una visión más encarnacionista, menos docetista, de la palabra de Dios»⁸.

Toda esta reflexión se fue haciendo al hilo del Vaticano II y de su Constitución sobre la divina revelación *Dei Verbum*, mientras trabajos exegéticos iban dando cuerpo a la reflexión hermenéutica. Hoy, cuando la exégesis católica vuelve la vista atrás desde la altura alcanzada, el camino recorrido no parece escarpado y da la impresión de que jamás existieron los escollos. Sin embargo, el itinerario nunca es fácil cuando está aún por recorrer. Entre 1958, a poco de la muerte de Pío XII, el papa de la *Divino afflante Spiritu*, y 1961, en el inmediato preconcilio, estalló una polémica, que incluyó virulentos ataques contra la nueva exégesis y contra algunos de los profesores del Pontificio Instituto Bíblico. Alonso Schökel estuvo en el ojo del huracán. De esa época es su artículo **¿Adonde va la exégesis católica? Sus pasos de 1943 a nuestros días** (1960).

Pero el Concilio supuso un impulso magnífico para exegetas y biblistas. Ahora bien, el Concilio mismo venía

⁸ *Hermenéutica de la palabra* I, 242.

impulsado por el trabajo de los exegetas. No sólo por ellos, pero también por ellos. A desentrañar la doctrina y las virtualidades de la recién promulgada Constitución *Dei Verbum* pusieron mano un grupo de entonces jóvenes alumnos españoles del Bíblico bajo la dirección de Alonso Schökel. Entre otros, nuestro recordado Gregorio Ruiz. El resultado fue una voluminosa publicación, *Comentario a la constitución «Dei Verbum» sobre la divina revelación* (1969). Revisada, ha sido reeditada veinte años más tarde, en el vigésimo quinto aniversario de la clausura del Concilio, prueba ineludible de que sigue conservando su valor.

Quinta columna: La Nueva Biblia Española

Leída la Biblia como literatura, interpretada como palabra de Dios dirigida al hombre por medio de hombres y entendida como palabra pronunciada que busca nuevos oídos alzándose en ecos cada vez más amplios, Alonso Schökel podía acometer su gran obra, la que probablemente guarda la clave de todo lo anterior: la Nueva Biblia Española.

El deseo de intérpretes y traductores de ser fieles a la palabra de Dios ha provocado que durante siglos la Biblia haya sido traducida literalmente. Y «literalmente» quiere decir palabra por palabra, conservando el mismo orden de palabras del texto hebreo, e incluso utilizando una misma palabra de la lengua término para traducir cada palabra del texto que se había de verter.

Pero que las traducciones «literales» sean las que menos traicionan la obra original no se sostiene demasiado desde los modernos estudios de lingüística y semiología.

Lo que ha pasado con las traducciones bíblicas lo retrata bien ese gran traductor de la Sagrada Escritura que fue San Jerónimo. En su Carta a Pamaquio nos dejó un

testimonio significativo de su modo de proceder como traductor y como traductor bíblico:

«Una traducción literal oculta el sentido, como hierba espesa que ahoga un sembrado. Pues esclavizándose a la construcción y a las figuras, el estilo no logra exponer ni con rodeos lo que pudo hacer con brevedad. Para evitar ese peligro he accedido a tu petición y he traducido la biografía de Antonio de modo que nada falte al sentido, aunque falte a las palabras».

Pero previamente había escrito en la misma carta, refiriéndose no ya a la traducción de una obra profana, sino al texto bíblico:

«Yo no sólo confieso, sino que proclamo sin reparos que cuando traduzco autores griegos no lo hago palabra por palabra, sino buscando la correspondencia del sentido; pongo aparte la Sagrada Escritura, en la que aun el orden de las palabras encierra misterios...»⁹.

San Jerónimo ha caído en la cuenta, pues, de que traduciendo palabra por palabra no necesariamente se traduce el sentido; esto es, que la traducción más literal puede falsear el original. Con coherencia trata de evitarlo cuando traslada autores griegos. Sin embargo, es incoherente cuando traduce la Sagrada Escritura, a la que considera una excepción. Llega a decir que el orden de palabras encierra misterios... ¿lingüísticos o teológicos?

El modo de proceder reflejado por San Jerónimo ha sido el habitual en la traducción de los textos bíblicos y no sólo en nuestra lengua, salvadas excepciones geniales como Fray Luis de León, inspirador frecuente de Schökel, por cierto.

⁹ Tomo la traducción de L. Alonso Schökel - E. Zurro, *La traducción bíblica: Lingüística y estilística*, Madrid, 1977, 409.

Es precisamente con ese modo de proceder con el que rompe la Nueva Biblia Española. Esta traducción depende primero de una exégesis científica contrastada. No es infrecuente en las traducciones bíblicas topar con pasajes difícilmente inteligibles, cuando no mal comprendidos. A veces el traductor ha trasladado las palabras, pero no ha vertido el pensamiento. En otros casos se le ha escapado incluso el sentido. Y no digamos ya alusiones, imágenes, sonoridad o ritmo.

La Nueva Biblia Española, sobre la base de una exégesis probada, aplica a la traducción de la Escritura los principios desarrollados por las modernas ciencias del lenguaje. Se toma en serio, pues, lo que significa traducir.

Con la Nueva Biblia Española se gana en calidad literaria, de modo que la Escritura puede leerse de verdad en castellano y no en una jerga rara y acaso bárbara. Pero es que además se gana en fidelidad, porque es entonces cuando se hace al lector partícipe del significado de la obra original.

Porque el significado no son sólo las ideas, sino la fuerza expresiva, su eficacia lingüística y su belleza. Los distintos géneros van acompañados de estilos diversos que son también parte del significado: una cosa es el lenguaje didáctico del maestro, otro la grandeza de los poemas épicos, distinta es la pasión del enamorado que canta madrigales a su amada o la emoción contenida del historiador comprometido con la desgracia de su pueblo; la vivencia espiritual del salmista que ora, la literatura en clave y simbólica de los apocalípticos o la tensión que imprimió a su obra el narrador de la novela de Susana. Los latidos de cada genio literario se perciben en cada uno de los libros de la traducción de la Nueva Biblia Española. Con ella la palabra de Dios encarnada primero en las lenguas hebrea y griega toma carne de nuevo en lengua española.

Pocas veces los traductores han reflexionado acerca de su obra con tanta profundidad y tan radicalmente co-

mo Alonso Schökel lo ha hecho. La labor del traductor no se puede hacer de prisa, como con frecuencia exigen los libros de contabilidad de las editoriales. Por eso la traducción de la Nueva Biblia Española se tomó largos años y fue apareciendo por libros. Pues bien, con frecuencia en epílogos a esos libros o en artículos independientes el profesor Alonso Schökel nos iba comunicando sus reflexiones y sus opciones de traductor. Todo ello ha cristalizado en un excelente libro, verdadero manual para traductores: *La traducción bíblica. Lingüística y estilística*, que se publicó en 1977.

No puedo dar por concluida la mención de lo que significa la traducción de la Nueva Biblia Española para la lectura de la Biblia sin anotar también lo que esto significa para la lengua castellana, y con ello la contribución de Alonso Schökel a nuestra lengua.

Hay que recordar que la traducción litúrgica de los textos bíblicos se debe también al profesor Alonso Schökel y a su equipo de colaboradores. No se identifica siempre literalmente con la traducción de la Nueva Biblia Española, pero comparte con ella los principios y el alma que la animan.

No es exagerado afirmar que Alonso Schökel ha prestado sus propias y cuidadas palabras para que la Palabra de Dios resuene a oídos de hombres y mujeres de lengua española. Los hispanohablantes escuchamos hoy la Palabra de Dios en las palabras de Alonso Schökel y rezamos con las palabras que su traducción del libro de los Salmos pone en nuestros labios.

Cuando acabamos de conmemorar el V centenario del descubrimiento de América y hemos recordado gracias a esa conmemoración aspectos de nuestra historia común con los países hispanoamericanos dignos de ser celebrados al lado de otras realidades deplorables, me parece indudable que, entre los primeros, ocupan un lugar bien destacado la lengua, la cultura y la fe cristiana comunes. Pues bien, la Nueva Biblia Española aún en

buena síntesis los tres. Esta traducción, monumento literario de la lengua castellana, es también, como palabra de Dios dirigida al hombre en lenguaje humano, alma de la fe común y contribuye a animar y enriquecer el patrimonio cultural que los pueblos hispanohablantes compartimos.

La intención fundacional de la ya centenaria Universidad Pontificia Comillas en favor de la formación de calidad de sacerdotes españoles e hispanoamericanos no puede más que celebrar con alegría esta dimensión de la obra científica del profesor al que hoy rendimos homenaje.

Al hilo de la realización de la traducción, Alonso Schökel y sus colaboradores han ido dando a luz dos importantes obras, valiosas contribuciones que enriquecen la ciencia bíblica española. Por un lado el *Comentario Bíblico*, instrumento privilegiado para la exégesis. Han visto la luz los volúmenes correspondientes a los **Profetas, Proverbios, Job, Sabiduría** y el primero de los **Salmos**¹⁰. Por otro lado, han emprendido también la redacción de un *Diccionario Bíblico Hebreo Español*. Por extraño que pudiera parecer, no disponíamos de ninguno en castellano, aparte de sencillas obras de intención escolar. Es un fruto maduro de los trabajos de traducción de la Nueva Biblia Española, que se está publicando por fascículos, a punto ya de ser concluido.

Sexta columna: Proyección internacional

Nadie crea que los trabajos científicos de Alonso Schökel han merecido sólo el interés de los biblistas de lengua española. Bien lejos de Schökel haber sido mero

¹⁰ Firman los libros junto con Alonso Schökel, J. L. Sicre (Profetas y Job), J. Vilchez (Proverbios y Sabiduría en solitario) y C. Carniti (Salmos).

introducción de ciencia creada fuera o haber quedado limitado a los ámbitos españoles e hispanoamericanos. Por el contrario, sus trabajos sobre la literatura bíblica, que han recorrido todos los ámbitos de la poética hebrea, el ritmo y el verso, las imágenes y las figuras, los géneros y las estructuras numéricas, las estructuras narrativas y el análisis estilístico; que han estudiado todos los libros bíblicos y que se han adentrado en la literatura comparada, grecolatina y española, sumeria y acadia, bien que son valorados por la comunidad científica internacional e incluso han llegado a crear escuela más allá de las fronteras de nuestra lengua.

Un hito emblemático del reconocimiento internacional obra de Alonso Schökel que, al tiempo, muestra también el aprecio a la aportación de los exegetas de lengua española a la ciencia bíblica, lo constituye el hecho de haber sido elegido presidente del XI Congreso Internacional de la sociedad *Vetus Testamentum*, que se celebró en Salamanca en 1983. El evento sólo fue posible después de que en España se desarrollara un sistema político democrático y los estudios bíblicos hubieran alcanzado un nivel y una solidez que no desmereciera de lo mejor que se hace en el resto del mundo. Al profesor Alonso Schökel le cupo la tarea de organizar el Congreso y abrirle caminos en la conferencia inaugural que titulada «**On Methods and Models**», invitaba al diálogo a las tendencias metodológicas más representativas de los estudios exegéticos.

La cuantificación es fría y puede sumar como si fueran lo mismo realidades bien heterogéneas. Pero tiene la ventaja de aproximar de modo rápido y escueto. En la última bibliografía de Alonso Schökel, publicada en 1991, se cuentan 57 libros, a los que aún ha de añadirse alguna obra importante, como el primer tomo del Comentario al libro de los Salmos, que vio la luz el año pasado. Pues bien, de esos 57 libros, 14 han sido traducidos al italiano, seis al inglés, cuatro al alemán, tres al portugués, dos al francés. Se llevan la palma *La Palabra inspira-*

da, publicado en seis lenguas, una de ellas el polaco, y *El hombre de hoy ante la Biblia* traducido a cinco idiomas, entre ellos el chino.

La mencionada bibliografía incluye 231 títulos de artículos y colaboraciones, sin contar las reseñas, que a veces son verdaderos artículos. Pues bien, de esos 231 títulos, entre los originalmente escritos en una lengua distinta del castellano y los originales en lengua española luego traducidos a otra, he contado 108 trabajos.

Sin matices y sin entrar en detalles, estos números dan, sin duda, de modo eficaz una idea de la proyección internacional de sus obras.

Séptima columna: Dimensión pastoral

Todavía hay una séptima razón por la que el profesor Alonso Schökel ha merecido ser investido Doctor «honoris causa» de nuestra Universidad: la dimensión pastoral de toda su obra intelectual. Toda teología, para merecer tal nombre, ha de incluir una dimensión pastoral, ha de contribuir a la edificación del pueblo de Dios: Que todo sirva para edificación, dejó dicho Pablo de Tarso ¹¹.

Quiero concluir mis palabras dejando constancia de que el trabajo académico y de investigación de Alonso Schökel ha servido a la edificación de la Iglesia influyendo directamente, por la liturgia de cada día en la vida de fe del creyente e indirectamente, gracias a lo que ha contribuido a la renovación de la exégesis y la teología. Prueba de que en sus libros y trabajos aletea la comprensión viva de la palabra de Dios dirigida a los hombres es la frecuencia con que le hemos podido encontrar en con-

¹¹ 1 Cor. 14, 26.

ferencias y cursos por las cuatro partes del mundo, y en los más diversos escenarios: en parroquias y en colegios mayores, en ateneos y estudios de televisión, en centros culturales y paraninfos. Fiel a la fuerza expansiva de toda palabra, su palabra de hombre ha ido expandiendo la palabra de Dios.

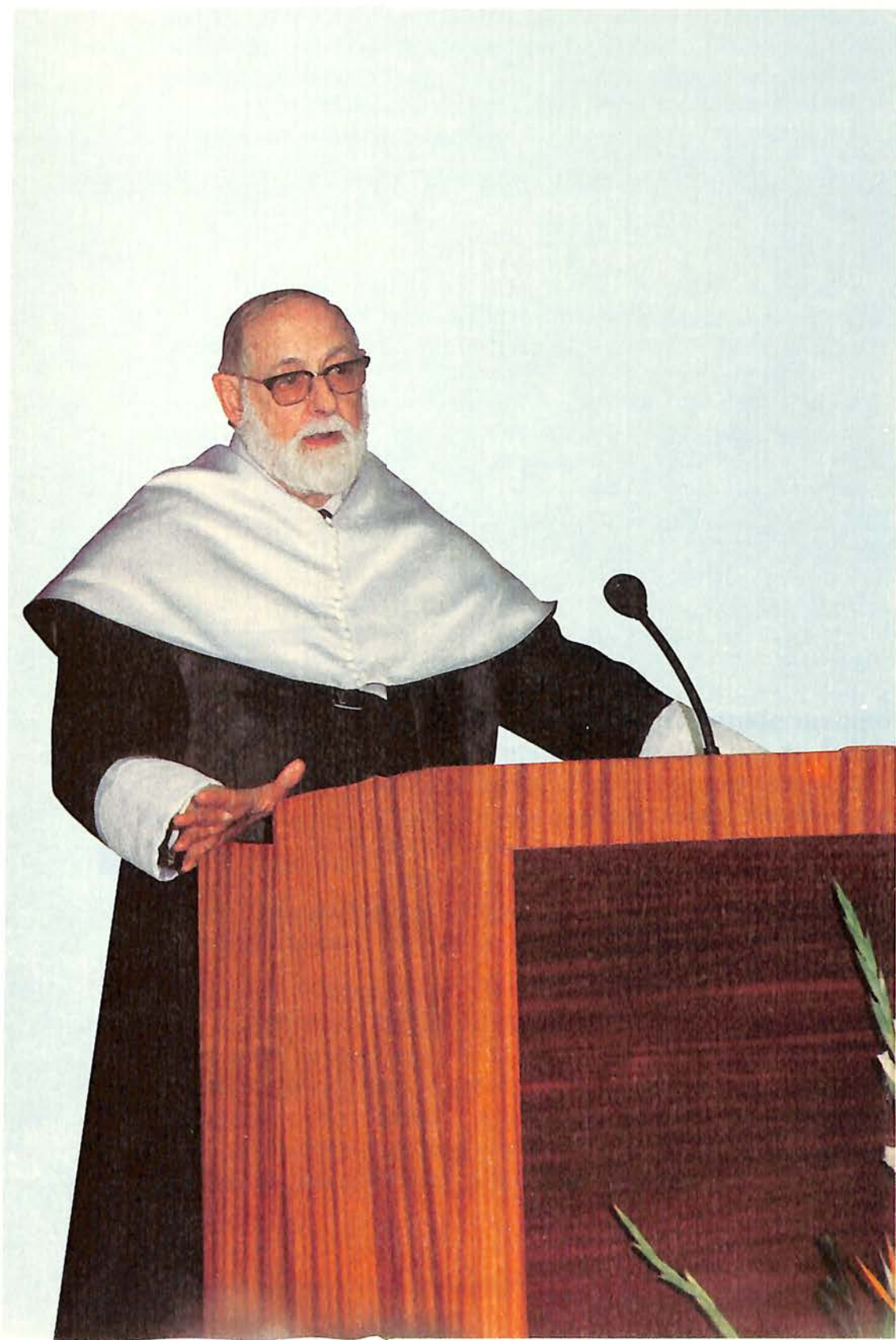
Concluyo: el profesor Alonso Schökel nos ha ayudado a descubrir que los libros inspirados por el Espíritu Santo son también inspirada literatura, nos ha enseñado a leerlos percibiendo en ellos el latir de los humanos corazones de los hombres que fueron sus autores, descubriéndonos así lo humano de Dios que tiene en Jesús de Nazaret su más plena realización, nos ha mostrado que las creaciones del espíritu humano, como las ciencias del lenguaje, ni ocultan ni contaminan, sino que animan y revelan lo que Dios comunica al mundo de Sí mismo, nos ha prestado a hispanoamericanos y españoles palabras bellas para leer la carta que Dios nos ha dirigido, como Gregorio Magno llamó a la Sagrada Escritura, ha contribuido a hacer avanzar, desde lo español, la ciencia bíblica universal y ha servido, en fin, a la edificación de la Iglesia.

Así pues, considerados y expuestos todos estos hechos, dignísimas autoridades y claustrales, solicito con toda consideración y encarecidamente ruego que se otorgue y confiera al profesor Luis Alonso Schökel el supremo grado de doctor «honoris causa» por la Facultad de Teología de la Universidad Pontificia Comillas de Madrid.

**RECUERDOS DE UN PROFESOR
DE LITERATURA BIBLICA**

**Lección Doctoral
del
PROFESOR DON LUIS ALONSO SCHÖKEL**





E

EMPIEZO expresando mi agradecimiento a la Universidad Comillas y a su facultad de Teología por el honor concedido, por hacerme protagonista a medias con la doctora Angeles Galino. Expreso también el gozo de encontrarme en esta ilustre compañía de colegas, amigos, compañeros, viejos colaboradores.

La loa del profesor José Ramón Busto me coloca frente a los cuernos de un dilema. Si la alabo, la uso como espejo para alabarme yo; si la vitupero, menosprecio un trabajo minucioso y afectuoso de un colega. No voy a meterme como Sansón a derribar las siete columnas, no sea que la construcción nos aplaste a todos. Que el público me saque de estos tercios sin que yo deba hurtar el cuerpo.

Pero aun así, su repaso detallado y orgánico de mi obra me ha robado muchos temas de mis proyectados recuerdos. Me tengo que guardar el discurso preparado e improvisar ante un público tan selecto, viendo que está bien dispuesto a mi favor. Ya sé lo que puedo hacer: sustituiré la clave arquitectónica, de las siete columnas bíblicas, por la clave de la continuidad en el tiempo. Con otro punto de vista y otro enfoque, me dejaré llevar de algunos recuerdos.

Empiezo mirando el escudo de la Universidad y leo Matriti. Ahí me detengo, porque en Madrid nací, juntando en un cauce sangre española y alemana. En el Madrid más viejo y casi más pueblerino. Cerca de la puerta de Toledo y de la plaza de la Cebada. En la calle de Humilladero, es decir, de aquella cruz a la entrada de la ciudad ante la cual doblaban la rodilla caballero y cabalgadura, rindiendo homenaje al Señor. En aquel Madrid, villa y corte, crecí; acudía como párvulo al colegio de las Carmelitas de San Francisco el Grande. Allí estudié mi solfeo y comencé a mover articuladamente los dedos infantiles sobre el piano. A la plaza de Armería —presencia de la corte— íbamos a jugar, espiábamos la consigna de los centinelas en el relevo y comíamos nuestra merienda de chocolate de la Trapa, al que yo, en mi inocencia, no le adivinaba sabor monacal.

Me temo que estos recuerdos, que ha despertado en mí el topónimo del escudo, sean muy poco académicos. Pero no los despreciemos: allí nació y creció mi afición a la lectura, como raíz y cimiento de un destino académico.

Antes de despedirme de mi Madrid quiero convocar a algunos de los presentes a un hecho que se ha quedado grabado en mi imaginación. Desde el balcón alto de casa observamos que la cúpula de San Francisco el Grande está envuelta en un resplandor rojizo y oscilante: ¡fuego! Recogiendo las cosas más importantes, bajamos los hermanos con la madre a la calle, donde circula la noticia: está ardiendo el Teatro Novedades.

Al fin de los años mil tengo motivo y aun derecho a sentirme de nuevo madrileño, con un nombre tan de zarzuela como es Luis Alonso.

Dejo Madrid, me salto lo que no aparece en el escudo —Valladolid, Entre os Ríos, Curia, Bélgica, Oña—, leo en el escudo Comillensis y enlace con Comillas, con la Casona. Quizá el haber nacido bajo el signo de Acuario me arrastró a las orillas del mar. Tres años de enseñanza de literatura latina y estilo castellano. Trabajando en vivo con muchos muchachos dotados, que empiezan a descubrir el valor del lenguaje y la importancia del estilo. Que responden con entusiasmo o diligencia a la solicitud del profesor. Descubren, y no de oídas, el valor de un adjetivo, la importancia de precisar el verbo; ensanchan los recursos de su expresión, asimilan el gran principio de la observación y selección. Al entusiasmo se mezclaba un tanto de ingenuidad; faltaba amplitud de conocimientos y crítica rigurosa.

Con todo, ¡qué años fecundos! de aprendizaje dialogado entre profesor y discípulos. Todo ello en un ambiente de libertad y estímulo. Donde la novedad y la experimentación eran bienvenidas, la creatividad era aplaudida. Aquella enseñanza cuajó en un libro que llegó a ser manual en España e Hispanoamérica. Un libro hace tiempo agotado, en parte anticuado, pero que no ha encontrado un sucesor equivalente. Y no me detengo en aquellos años movido de nostalgia por los tiempos pasados felices, sino porque de ellos arranca, en perfecta continuidad, mi trabajo bíblico. Porque cuando me trasladé a la Biblia no abandoné la literatura.

Rehusado mi primer tema de tesis, a saber, estudiar la inspiración con categorías de filosofía del lenguaje, me decido por un tema de poética o estilística: estudiar procedimientos de estilo —hoy decimos estilemas— en el libro de Isaías. A la experiencia acumulada en Comillas del análisis escolar he añadido el magisterio escrito de Leo Spitzer, Dámaso Alonso y otros. Con todos los defectos del género tesis y algunos más de la persona, resulta una tesis pionera, tesis programática de mi futura actividad; se titulaba *Estudios de poética hebrea*. Pero lo que deseo subrayar aquí es la continuidad con lo anterior. El

haber enseñado a mis alumnos adolescentes los recursos del lenguaje y del estilo en nuestra lengua y el arte de analizar me capacitaron para trasladar mi campamento y mis utensilios al campo bíblico. En buena parte era bagaje comillés el instrumental de mi tesis. Tardó en publicarse, y la parte central fue traducida al alemán. Si no tuvo más influjo se debió no sólo a sus límites y defectos, sino al poco interés que la mayoría de los exegetas muestran por los aspectos literarios del texto bíblico.

Al ser nombrado cardenal el P. Agustín Bea me sentaron en la cátedra de inspiración e interpretación. Imaginemos los sentimientos de un profesor, equipado de la experiencia literaria comillesa, al oír decir a otro que en la Biblia están inspiradas las ideas y la voluntad de comunicarlas, no el lenguaje ni el estilo. O sea que cuando las ideas y la experiencia se van transformando en obra literaria, el Espíritu Santo ya no inspira, sino que asiste vigilante para evitar deslices.

Insatisfecho con el enfoque imperante entonces, inspiración en clave de juicio intelectual, empecé muy pronto a buscar un planteamiento nuevo. Me lancé, no sé si audazmente o ingenuamente, a trasladar el tratado del plano del «juicio» al plano del lenguaje. La operación era arriesgada, me dejaron libertad de acción. Pero en la tarea me asistía la experiencia de Comillas: el haber palpado con mis alumnos esa misteriosa transformación de la experiencia en expresión comunicable, el haber escrutado la tenaz correlación de forma y contenido o significante y significado. El nuevo tratado de inspiración no era puramente especulativo, antes se apoyaba en una experiencia ancha a fuerza de intensidad. Si mis alumnos de Comillas de aquellos tres años aprendieron algo, yo, cosa normal, aprendí más que ellos: enseñar es un modo de recibir dando. Al cabo de unos años de enseñanza en el Instituto Bíblico, mis clases cuajaron en un libro titulado *La Palabra inspirada*. Ese libro existe ahora en siete lenguas y once ediciones. Quien intente indagar en sus antecedentes, que no descuide una visita a Comillas, años

1943-1946. Durante el Concilio Vaticano II escuché una formulación teológica en la que encajaba mi teoría. Mons. Neofitos Edelby definió así la inspiración bíblica: «Es la consagración de la historia de salvación bajo especies de palabra.» La experiencia se hace palabra y en ese punto es consagrada por el Espíritu; como palabra, se hace comunicable, y nosotros podemos comulgar = comunicar con ella.

Cuando mis alumnos más dotados describían en una página el acto de pelar una naranja, de tomar chocolate, de lavarse los dientes, alguien diría que eran ejercicios insignificantes, provisionarios, como hacer escalas y arpeggios en todas las tonalidades. Yo creo que eran válidos como ejercicios de aprendizaje y a la vez significativos de una estructura profunda. El alumno hacía presente por representación su experiencia; y esa manifestación era la verdad del texto literario. Tardé muchos años en descubrir y formular ese principio hermenéutico.

Vistos a distancia de decenios, esos dos libros —*Estudios de poética hebrea* y *La Palabra inspirada*— se perfilan como programáticos: prolongan su influjo en la actividad de traducir y de comentar. Comencemos por lo primero, aunque su fruto completo maduró el 1975. Me refiero a la Nueva Biblia Española. ¿También ésa tiene que ver con los años de enseñanza en Comillas? Veamos el criterio y método de traducción, y la conclusión resultará obvia. Nuestra traducción (el plural es por la colaboración) se basaba en el estudio estilístico comparativo y sistemático de la literatura hebrea y la española. Analizamos los recursos de estilo de la poesía amorosa hebrea, después los de la poesía amorosa castellana (especialmente de los cancioneros del siglo xv y formas modernas). Comparando, encontramos recursos nuestros que responden mejor a los hebreos: con ellos abordamos la traducción, trabajando y puliendo el estilo. Lo mismo se puede decir de proverbios hebreos y refranes castellanos, un género con recursos de estilo peculiares. Otro tanto vale para la lírica en diversas manifestaciones. En menor grado quizá para la narrativa.

No traducíamos de la lengua hebrea a la española, sino de estilos particulares hebreos a sus correspondientes de nuestra literatura. Que yo sepa, este método no se ha aplicado en otras traducciones, si bien el talento literario o la intuición haya suplido. Como se ve, nuestra traducción fue un ejercicio de estilo en grande escala. ¿Y dónde me había entrenado en analizar y trabajar el estilo? Es verdad que entre el magisterio comillés y la traducción de la Biblia había leído yo mucha literatura española. La afición me venía de antiguo y se había consolidado en convicción.

De los comentarios que acompañaron la traducción, «literarios y teológicos», quiero recordar uno cuyo título es significativo: *Treinta salmos: poesía y oración*. Analizar salmos como objetos poéticos permite descubrir una riqueza inesperada de sentido. Ese libro ha servido de preparación para el comentario completo, apenas terminado. También he de recordar el volumen escrito en colaboración con Eduardo Zurro titulado *La traducción bíblica: lingüística y estilística*. El subtítulo es una declaración de principio y una confesión de método.

No voy a recorrer el resto de la actividad de profesor y conferenciante. Miles de personas pueden atestiguar el valor literario y espiritual de ese modo de leer y estudiar la Biblia, aunque no sean capaces de identificar fuentes remotas e influjos recientes.

Así llego a los años recientes, tiempo de recoger velas, o de cambiar las velas que me empujaban hacia delante en alas que me levanten hacia lo alto. Casi cerrando un círculo, como vuelta en nueva clave a los comienzos, he de señalar dos libros de tema bíblico y literario. Siguiendo al Arcipreste de Hita, los llamo «boda de don Manual con doña Antología». El año 1987 me publicó el editor Manuel Sanmiguel, antes de morir, el *Manual de poética hebrea*, un libro de poética o estilística en el que decantaba y reducía a sistema una larga actividad de análisis literario del Antiguo Testamento. El año 1992 le di una compañera: la *Antología de poesía bíblica hebrea*. Bilingüe, una obra de más de 600 páginas, en las

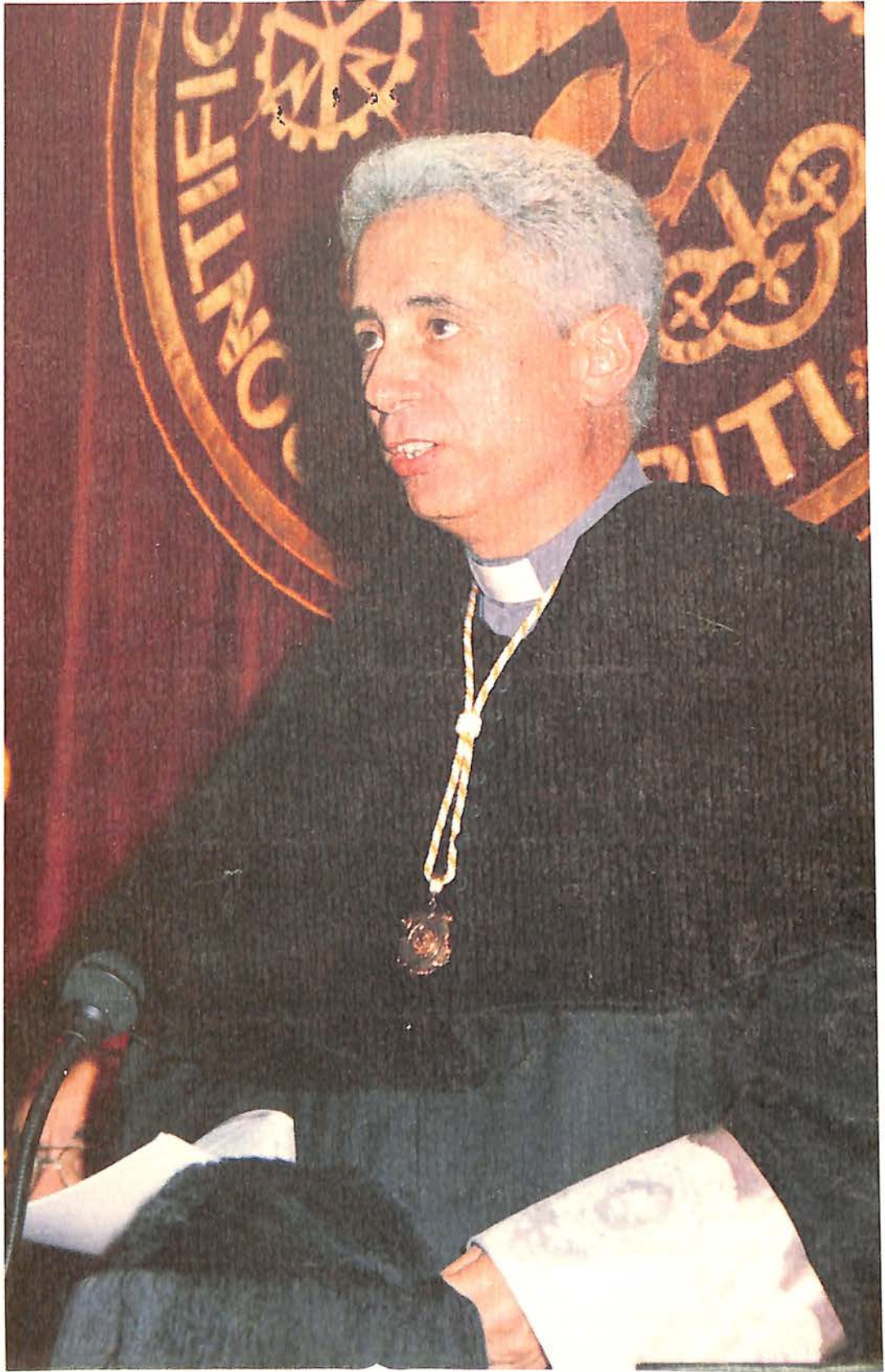
que presento y comento textos representativos, organizados por criterios temáticos. No se puede negar cierta afinidad con la selección de textos incorporada al libro *La formación del estilo* o con la antología llamada *Poesía española 1900-1950*, ambos libros «comilleses». Ya anciano y con barba blanca, vuelvo a las andadas y me encuentro con las manos en la masa, como en los años cuando metía las manos en la masa del lenguaje y el estilo y de mis alumnos de catorce a dieciséis años.

Tanto es así que, cuando me nombran doctor en teología, casi me siento nombrado doctor en Literatura. Aquí terminan por ahora mis memorias de profesor. Para recibir este doctorado no vengo a Comillas, sino que vuelvo a Comillas. Si bien la Casona se ha convertido en un edificio moderno y el Canto Blanco (que es voto favorable) me hace sentir nostalgia del mar; a no ser que el Canto Blanco responda a la Peña Redonda...

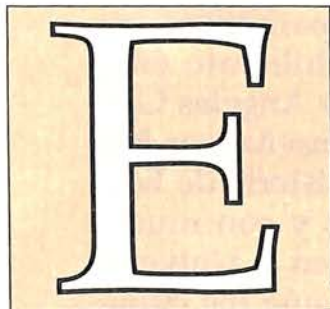
El doctorado es *honoris causa*: honor ¿de quién?, ¿de la Universidad que lo confiere?, ¿del que lo recibe? Algo sustancial falta: no sería doctorado en teología si el honor humano no redundara en honor de Dios. Cuando recibí la propuesta andaba yo ocupado con aquel pasaje de Juan: «¿Cómo podréis creer vosotros, que os cambiáis honores mutuos y no buscáis el honor que viene de Dios sólo?» Sentí reparo de aceptar, al principio; después pensé que también Pablo alaba a Timoteo, y aunque yo no sea Timoteo... El mismo Pablo me enseña reiteradamente que todo ha de redundar y concluir en el honor de Dios εις επαινον Θεου y esa es sana teología. No voy a gloriarme de un anillo, de un título, porque mi gloria es ser hermano de Jesucristo, Hijo de Dios Padre, y esa gloria la comparto con todos.

**PALABRAS DEL EXCMO. Y MAGNIFICO
SR. RECTOR
D. GUILLERMO RODRIGUEZ**





Excmo. Sr. Vice-Gran Canciller,
Autoridades Académicas,
Profesores, Alumnos, Personas de Administración y
Servicios de la Universidad,
Amigos todos,



Es muy de agradecer la presencia de todos ustedes en este acto. Muy especialmente es deber mío manifestar nuestra gratitud a los representantes de la Nunciatura Apostólica y de la Conferencia Episcopal que nos honran con su presencia, a las Juntas de Facultad de Teología y Filosofía y Letras que elevaron al Rectorado las propuestas de estos nombramientos y a la Congregación para la Educación Católica, que hace ya varios meses dio su beneplácito a nuestra propuesta, de acuerdo con las normas de la Constitución Apostólica Sapientia Christiana.

Los nombramientos de doctores honoris causa recaen siempre en personalidades con reconocido prestigio académico con quienes la Universidad tiene contraída una

deuda de gratitud. Después de los discursos laudatorios de presentación de los dos nuevos Doctores Honoris Causa por nuestra Universidad y de las lecciones que ellos mismos nos han expuesto, a nadie quedará duda de que en Angeles Galino y en el P. Luis Alonso Schökel se cumplen en muy alto grado estas dos condiciones. Ambos cuentan con un destacado relieve en la comunidad académica entre los especialistas de Educación y de Sagrada Escritura y han contribuido con su magisterio y su ayuda muy notablemente a ayudar a nuestra Universidad, no sólo por el ejercicio de su enseñanza normal, sino también el P. Alonso Schökel, en múltiples cursos de verano y Angeles Galino en la delicada etapa en que el Colegio Universitario empezaba a señalar en Madrid lo que deseábamos que fuera nuestra Universidad.

En el nivel de lo más personal, algunos de los que han intervenido han destacado el sentido de su antigua amistad personal con los dos nuevos Doctores Honoris Causa. Yo tendría que poner de relieve mi respeto a sus nombres, cuya fama llegó a mí mucho antes que el privilegio de conocerlos personalmente. El libro "La formación del estilo" del P. Alonso Schökel fue para mí instrumento de trabajo ya en los años de bachillerato en el Colegio de los jesuitas de Sevilla. Cuando Angeles Galino fue designada Directora General de Enseñanzas Medias y de Ordenación Educativa en el Ministerio de Educación me hablaron con sinceros elogios y con mucho afecto de ella quienes la habían conocido en la Universidad Complutense. Nunca pude imaginar que me cupiese el honor de estar hoy en la presidencia de este acto en el que la Universidad Pontificia Comillas les muestra nuestro reconocimiento.

Quisiera poner también de relieve un rasgo más del acto de hoy. La Sagrada Escritura y la Educación son dos campos del saber que tocan muy en vivo las fibras más esenciales de lo que define nuestra identidad y nuestros fines, tal como se expresaron en nuestros Estatutos Generales y en la Declaración Institucional que nuestra

Universidad elaboró con motivo de su año Centenario. La Educación ayuda a que los hombres y mujeres, a lo largo de su desarrollo personal, construyan su identidad personal y colectiva; la Sagrada Escritura nos enseña a recibir esa identidad propia cada día como gracia y de la generosidad y el amor de Dios hecha vida en la salvación que se nos da en Jesús. Estas dos disciplinas son especialmente significativas para nosotros si queremos que nuestra Universidad, en estricta fidelidad al rigor del método científico, lleve lo cristiano como fuente de inspiración a nuestra sociedad.

Por todo ello y sobre todo por su valía universalmente reconocida, la unión de Angeles Galino y del P. Luis Alonso Schökel como Doctores Honoris Causa al Claustro de nuestra Universidad nos prestigia y nos alienta en nuestra labor. Por ello también a ambos tengo que agradecer, en nombre la Comunidad universitaria que represento, que hayan aceptado este ofrecimiento dándonos con ello una muestra más de su gran corazón y su afecto hacia nosotros.

He dicho.

